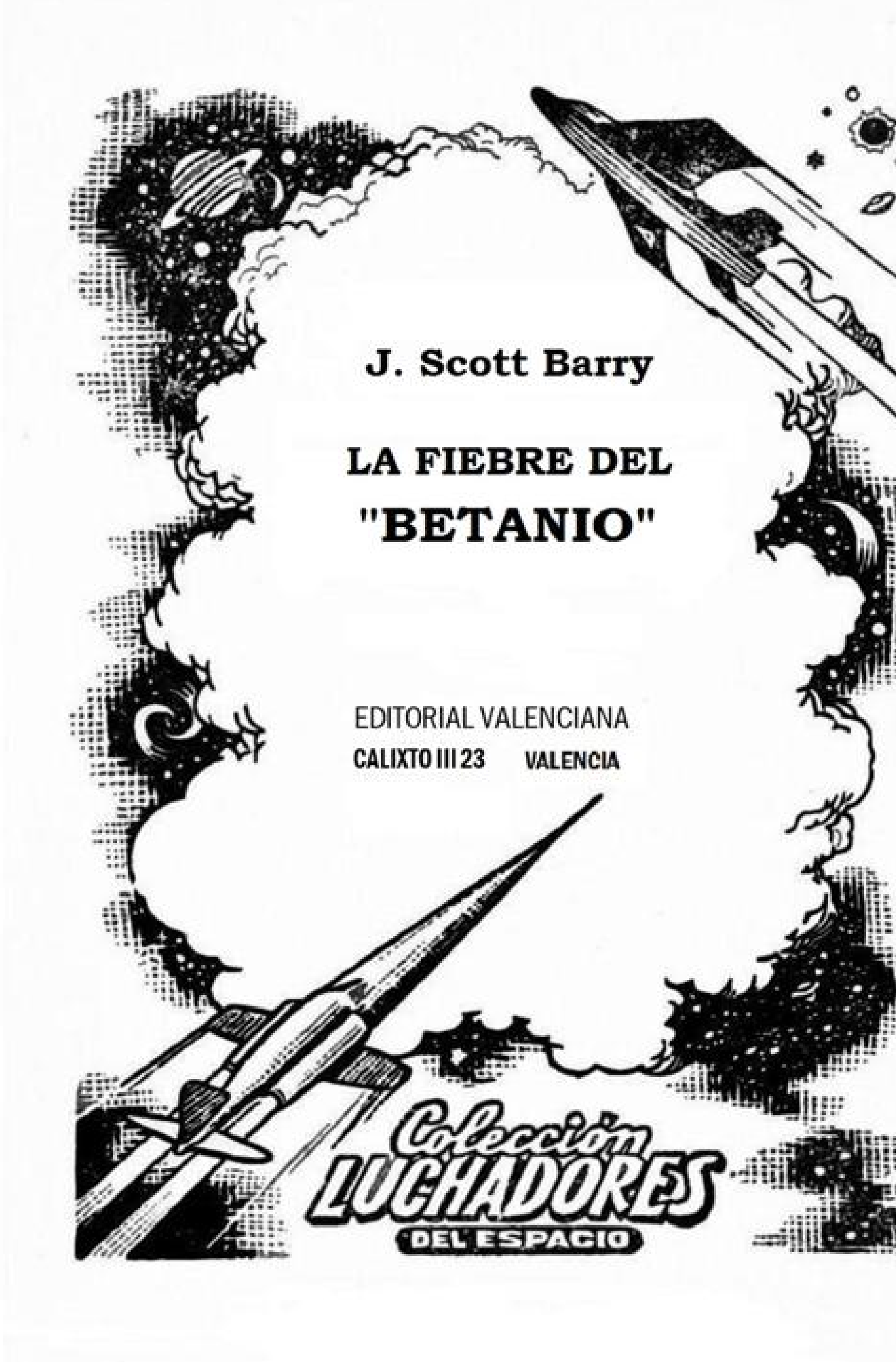
J. SCOTT BARRY
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
LA FIEBRE DEL
"BETANIO"


J. Scott Barry
LA FIEBRE DEL "BETANIO"
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III 23 VALENCIA
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Depósito Legal V. 1833.—1962.
Número de registro : 2899.—1962.

PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA. —VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

EL químico encargado de las pruebas de urgencia movió mecánicamente las palancas de mando del electro-control. Aquella operación la verificaba varias veces cada día, de ahí que no le diera mucha importancia a lo que estaba haciendo.

Distraídamente dirigió una mirada a los contadores y su cuerpo se puso tenso. Su vista quedó fija en los indicadores térmicos.

—¡No puede ser! ¿Funcionará mal este aparato?

Los contadores aumentaban la intensidad de una forma alarmante. El químico dirigió la vista hacia atrás y vio cerca de él al campesino que había llevado a analizar el mineral que se encontraba en el recipiente de pruebas.

—¿Dónde me ha dicho que ha encontrado esto, señor Paredes?

—En mis tierras, señor. ¿Por qué lo pregunta otra vez? Ya se lo dije antes.

El químico miró fijamente al colono, un chileno enjuto y cetrino de unos cuarenta años. No era muy alto y el ajustado traje de plástico antitérmico que vestía ofrecía un deplorable aspecto.

-—¿Seguro que no lo ha robado de ningún sitio?

—¡Que me caiga aquí mismo, señor! No, no lo robé. Lo saqué de la tierra con estas manos—explicaba, un poco suplicante, el chileno. Luego, cautelosamente, preguntó: —¿Tiene mucho valor esa piedra, señor Raymond?

El químico no contestó. Miró nuevamente a los contadores y una oleada de calor se apoderó de todo su ser. Aquello era inaudito. La escala térmica que acusaban los controles era una cosa desusada.

—¿Será posible que esto sea...?

Para estar más seguro, se acercó a su mesa y extrajo de uno de los cajones una carpeta. Buscó en su interior unas tablas de valores y las consultó detenidamente. Luego miró otra vez las cifras de los contadores y exclamó para sí.

—No cabe duda. Tendré que hacer la prueba definitiva.

Se acercó a una caja de caudales y antes de manipular en su combinación, ordenó al campesino:

—Apártese de ahí, por favor. Siéntese en aquel sillón y procure no mirar hacia aquí.

El chileno se quedó contemplando al químico. Parecía recelar de todo. Al fin, exclamó:

—Pero, ¿por qué no puedo mirar, señor? Eso es mío, ¿verdad?

—Claro que es suyo, hombre. Pero si mira puede quedarse ciego. ¿No lo comprende?

—Ah, bueno. Si es por eso...

Cuando el hombre se hubo sentado, el químico abrió la caja fuerte. Extrajo de ella una pequeña manivela de un metal oscuro y se aproximó al aparato de análisis. Se quedó contemplando un pequeño orificio que quedaba a la altura de su hombro y dudó unos instantes.

Por la frente del químico perlaban gruesas gotas de sudor. Se las enjugó con el dorso de la mano y con un suspiro decisorio, introdujo la manivela en el orificio y dio un par de vueltas. Hecho esto dirigió su mirada a un contador que hasta entonces había permanecido sin alteración y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Es cierto!

Desconectó todos los mandos del aparato y se dejó caer en el sillón que quedaba junto a la mesa escritorio. Tomó la estilográfica y anotó unas palabras en la ficha que había extendido para registrar

la prueba.

Desde el fondo de la sala oyó la voz del campesino, preguntando:

—Y bien, señor, ¿no me dice nada?

—Señor Paredes, tendrá que esperar ahí fuera.

—¿Por qué, señor?

—Tengo necesidad de hacer unas llamadas visofónicas y no puede usted estar delante.

El campesino se quedó en silencio durante breves instantes. Luego preguntó:

—Pero, ¿y eso?—indicó señalando el aparato de análisis—. ¿No me dice lo que es?

El químico dudó un momento.

—Verá, buen hombre. Eso es una cosa muy importante. Tanto, que hay que comunicarlo a las autoridades.

—¿A las autoridades? ¿Y por qué? Yo no he hecho nada malo.

—No es eso. Es que deben saber lo que se ha descubierto para que se pueda investigar a fondo y descubrir más mineral.

—Pero, eso es mío. ¡Lo encontré en mis tierras!

—Sí, usted lo encontró, pero no es totalmente suyo. Pertenece a todos.

El chileno interrumpió con mayor vehemencia:

—Mire usted, señor. Cuando vine a Sagitar, me dieron la tierra para que la trabajase. Todo lo que saque de ella es mío.

—Pero no esto que ha descubierto ahora. Aquí no estamos en la Tierra. Estamos en el planeta Sagitar y todo está organizado de otra manera. Cuando se descubre una cosa importante hay que dar cuenta a las autoridades. Ellas dispondrán lo que haya que hacer.

—¡No! Eso es mío, quiero tenerlo yo. ¡Usted me lo quiere robar!

—No diga tonterías, hombre... ¡Eh, estese quieto!

El campesino no atendió a razones. Ofuscado por lo que creía una usurpación, quiso recuperar a toda costa su mineral. Avanzó hacia el aparato de análisis y, tras apartar de un empujón al químico, comenzó a manipular con los mandos.

En su obcecación, intentaba abrir la cápsula en donde estaba el mineral objeto de la prueba, sin apercibirse de que no podría obtener resultado alguno.

—¡Quieto! ¡No toque nada de eso!—gritó el químico.

Se abalanzó sobre el chileno, intentando apartarlo de frente al

control. El campesino se revolvió rápido y esquivó el abrazo del químico. Este le lanzó un golpe con su puño que dio al hombrecillo en pleno rostro. Se tambaleó un momento, pero reaccionó pronto y agachando la cabeza se lanzó contra el químico.

El golpetazo le alcanzó de pleno y le hizo caer de espaldas sobre la mesa. El chileno aprovechó el momento. Alcanzó una barra metálica y se fue directo hacia el control. Su intención era destrozar aquello y recuperar su botín.

—¡Quieto! ¡No dé un paso más o disparo!

El campesino se detuvo. Volvió la cabeza y vio al químico que le apuntaba con una pistola de rayos térmicos.

—¡No dispare!

—Suelte esa barra y márchese de aquí.

El chileno dio un paso como si fuese a obedecer. De pronto dio un gran salto hacia adelante. Se abalanzó sobre el químico y le asestó un fuerte golpe con la barra metálica.

— ¡Toma! ¡No me robaréis!

El agredido disparó el arma, pero cuando lo hizo ya era tarde. El golpe recibido en la cabeza le lanzó hacia atrás. El rayo térmico salió y se estrelló contra el techo.

Cegado por la rabia, e! agresor dio otros dos golpes sobre su víctima. Luego, al contemplar lo que había hecho, le dominó el pánico y retrocedió. Todavía manipuló un rato con las manivelas del aparato con intención de recuperar el mineral. No lo pudo conseguir y desistió de ello.

— ¡Me marcharé! ¡Sacaré más de la tierra!

Y sin lanzar una sola mirada sobre el químico, escapó del laboratorio. Al poco rato salió del edificio y se perdió en la noche sagitaria.

Unos minutos más tarde, en la Central de Seguridad, el sargento Chenab abría el fonovisor para atender una llamada.

—¡Aquí, sargento Chenab!

—Le paso una llamada, señor. Procede del Control de Investigaciones.

—Está bien, espero.

A los pocos segundos la pequeña pantalla del visor se llenaba con el rostro alterado de un agente policíaco.

—Sargento, le llamo desde el laboratorio de urgencia del Control de Investigaciones. Han asesinado al señor Raymond, el químico auxiliar.

—¿Qué dice usted, agente?

—Así es. Le han golpeado en la cabeza con una barra metálica.

—Pero, ¿cómo ha sido eso?

-—No sé decirle. Parece que ha habido una lucha. Y creo que he visto al agresor.

—Explíquese mejor, agente.

—Verá, señor. Al pasar en mi ronda por delante del Control, vi correr a un hombre. Quedaba lejos de mí y no le pude distinguir bien. Supongo que sería el asesino.

—¿Cómo no lo persiguió?

—No sabía todavía nada. Fue entonces cuando advertí que la puerta del laboratorio estaba abierta. Entré y vi este cuadro.

El agente contempló ahora el rostro del sargento Chenab que se destacaba en su fonovisor. Sus enjutas facciones denotaban claramente su origen indú.

—Óigame, agente. ¿No ve nada por ahí que le señale una pista del asesino, o de lo que ha ocurrido?

—Pues, no sé. Lo que ya le he dicho... Espere un momento, sargento. Sí, aquí hay una ficha llena de anotaciones. Nombre y apellidos, residencia, motivo del análisis, resultado: “Betanio, 65”, positivo.

La voz del sargento tronó a través del fonovisor y su rostro se abrió en un gesto de gran sorpresa.

—¿Cómo ha dicho, agente? ¿“Betanio”

—Sí, eso dice aquí. Resultado: “Betanio 65”, positivo. Oiga, sargento, ¿es muy importante esto?

El sorprendido agente escuchó con toda seriedad las órdenes que le dictaba su superior.

—Escúcheme bien: no toque nada de lo que hay ahí. Salga fuera y disponga la guardia más severa que haya usted montado en su vida. ¿Me entiende bien?

—Sí, señor. Pero..., y ese hombre. Aquí está la dirección.

—No se preocupe por él. Ese no puede escapar. Ya nos ocuparemos de eso. ¿Me escucha?

—Sí, señor. Dígame.

—No deje entrar a nadie bajo ningún concepto. Ahora avisaré al capitán Thumba. Hasta que no llegue él no se mueva de ahí. Cumpla estrictamente estas órdenes.

—Así lo haré, señor.

—Está bien, muchacho. ¡Hasta ahora mismo!

El sargento Chenab, pulsó otro interruptor y se puso a dar otras órdenes por el fonovisor.

— ¡Atención, Parque Móvil! Preparen tres aeromóviles de transporte y uno de mando. ¡Atención, Personal! Tengan dispuestos treinta hombres y un equipo de investigación. Monten en los vehículos y estén prevenidos para salir al primer aviso. El destino es el laboratorio químico del Control de Investigaciones.

— ¡A la orden, señor!

Cuando el sargento cortó la comunicación, sonó el zumbador de su fonovisor. Abrió la comunicación y la pantalla se llenó con la cara redonda y morena de Ernesto Thumba, el valiente capitán de la policía sagitaria.

— ¡A la orden, señor!

—Oiga, Chenab, ¿qué es lo que ocurre? Me ha parecido notar que hay por ahí mucho movimiento.

—Así es, señor. Ahora, precisamente, le iba a comunicar las novedades.

El sargento informó a su superior de cuanto le había comunicado el agente, así como de las primeras disposiciones que había adoptado.

—Muy bien, Chenab. Ha obrado usted como siempre, con mucha oportunidad y prudencia. ¿Sabe dónde se encuentra el mayor Travers?

—Sí, señor. Ha ido con la teniente Dorado a la inspección de un centro de higiene infantil. Se habían cometido algunas irregularidades y la señorita Carmina —perdón, señor—, la teniente Dorado, quería que el mayor pusiera allí un poco de orden. Bueno..., ya me comprende.

—Sí, sargento, no diga más. Habrá que avisarle inmediatamente. ¿Podrá hacerlo?

—En seguida enviaré a un enlace con un helirreactor para recogerle.

—Está bien. Ahora mismo estoy en la puerta principal para montar en el aeromóvil.

— ¡A la orden, señor!—saludó el sargento. Cambió de comunicación y ordenó: —¡Atención, Parque Móvil! ¡Atención, Personal! Todos los vehículos y los hombres alertados deben de estar dentro de cinco minutos en la puerta principal de la Central de Seguridad.

El sargento Chenab todavía añadió las órdenes para informar y

recoger con urgencia al mayor Travers.

Cuando cortó la comunicación, tomó del armero una metralleta térmica y se la colgó al hombro. Dirigiéndose al agente que escribía en la mesa próxima, le indicó:

—Ya ha oído las órdenes. Si hay alguna novedad, comuniquen con el laboratorio del control de Investigaciones. Allí estaremos todos.

* * *

El agente que montaba la guardia en la puerta del laboratorio, vio cómo se detenía ante ella un turbomóvil monoplaza y se preparó temeroso ante una posible complicación.

Vio cómo descendía del vehículo un hombre alto, de edad mediana, vistiendo el uniforme común a los técnicos.

Con aire decidido, el recién llegado ascendió por la escalinata que conducía a la entrada. Al llegar a la altura del policía quedó sorprendido por las palabras de éste.

—Perdone, señor. ¿Dónde va usted?

—Yo..., pues ahí dentro, al laboratorio.

—Es que no se puede pasar.

—¿Cómo es eso? Soy Roger Doufin, el químico-jefe de esta instalación—informó, enseñando una tarjeta de identidad.

—Aunque así sea. Tengo orden de no dejar pasar a, nadie.

—Pero, bueno. ¿Puedo saber a qué es debido esto?

El agente titubeó un momento entre decir algo de lo ocurrido a aquel hombre, o callar. Pensando en que era un técnico del Centro estuvo a punto de hablar, pero recordando las severas instrucciones recibidas, optó por no comunicar nada concreto.

—Perdóneme, señor, pero no puedo decirle nada más.

—Entonces, ¿qué debo hacer para entrar ahí, o enterarme de algo?

—Nada, señor. Esperar a que vengan mis superiores y el equipo de investigación.

—¿El equipo de investigación? Pero, ¿qué es lo que ha ocurrido aquí?

En aquel momento se oyó el sonido característico de los aeromóviles al frenar en el aire, antes de posarse en tierra.

—Ahora mismo podrá enterarse de todo, señor —informó el agente—. Ya están aquí los equipos.

Siguiendo la mirada del policía, el químico vio cómo se detenían en la replaza delantera del Control de Investigaciones los vehículos policiales.

Los aeromóviles —uno pequeño y tres de un tamaño mayor—, se mantenían suspendidos a medio metro del suelo. Unos chorros de vapor de aire, saliendo de pequeños orificios situados en la parte baja de cada aparato, formaban una especie de colchón que les permitía desplazarse sobre él en todas direcciones a unas velocidades fantásticas. Al perder fuerza dicha presión, los aeromóviles se posaron suavemente sobre el piso.

Saltando ágilmente de sus asientos, el piquete de guardias armados salió a ocupar sus posiciones.

—Dos hombres en cada esquina del edificio. El resto, quedará de guardia ante la puerta. El equipo de investigación que pase al interior y espere órdenes del capitán Thumba.

Tras dictar aquellas disposiciones, el sargento Chenab se colocó al lado del capitán.

—Cuando usted quiera, señor, podemos comenzar.

Los dos hombres avanzaron hacia el edificio, seguidos del grupo de investigación policial con sus complicados aparatos.

Todos los policías lucían idéntica indumentaria: una especie de “mono” de plástico, totalmente ajustado al cuerpo y herméticamente cerrado por el cuello. Aquel traje era común a todos los habitantes de Sagitar. Sus propiedades térmicas permitían mantener el cuerpo a una temperatura constante, con independencia del ambiente exterior. Cada profesión era distinguida por un color característico. El de los policías era un rojo intenso.

Al llegar a la escalera, les salió al encuentro el agente que descubrió el crimen. Pegado a su lado estaba Roger Doufin, el químico-jefe del Control de Investigación.

—A sus órdenes, señor—saludó el policía—. No ha entrado, ni ha salido nadie desde que descubrí…, desde que monté la guardia.

—Está bien, agente. Entre con nosotros y nos informará de todo.

El químico se adelantó hasta los jefes policíacos y se identificó rápidamente. El capitán Thumba celebró mucho aquel encuentro.

—Ha resultado usted providencial, señor Doufin. Su información nos será muy útil en este caso.

—Lo celebro mucho, señor, pero…, si pudiese saber de qué se trata.

—¿No sabe usted nada?—preguntó, agradablemente sorprendido, el capitán.

—En absoluto. Este policía no me ha querido anticipar nada.

La cara negra de Thumba se iluminó en una amplia sonrisa.

—Un buen trabajo, muchacho—exclamó, dirigiéndose al joven agente. Luego se volvió hacia el químico y le anunció: —Ahí dentro se enterará de todo. Han asesinado a su compañero Raymond.

— ¡Raymond asesinado! ¿Y por qué?

—Eso es lo que vamos a averiguar. Y esperamos que usted nos ayude.

Ni el capitán, ni el químico dijeron nada más. Seguidos por el sargento, el agente y los de la investigación, entraron en el edificio buscando el lugar del crimen.

Aunque en Sagitar los asesinatos no eran muy corrientes, los policías se inmutaron poco al ver el cadáver en el suelo, rodeado de un gran charco de sangre. No ocurrió lo mismo con el químico Doufin, quien exclamó consternado:

— ¡Dios mío, esto es horrible!

El capitán Thumba, sospechando la que le venía encima, ordenó:

—Sargento: cuide de que los hombres del departamento de investigación concluyan pronto—y dirigiéndose al químico, le preguntó: —¿Reconoce en este hombre a su ayudante Raymond?

—¿Es preciso que lo mire otra vez?

—No tiene otro remedio, doctor Doufin. Enseguida podrá pasar a otra habitación. En cuanto se hayan llevado el cadáver le volveremos a llamar.

El químico tomó a mirar a su compañero. Se estremeció al contemplarlo y afirmó, tembloroso:

—Sí..., es él. Es mi ayudante Raymond.

—Está bien, doctor Doufin. Puede salir de aquí—.

Se dirigió a uno de los agentes, y le indicó: —Acompañe al doctor. No se alejen mucho. En cuanto le necesitemos, le avisaré.

Cuando los agentes de investigación acabaron su tarea, el sargento Chenab dio orden de que se llevaran el cuerpo. Limpiaron rápidamente las manchas de sangre y todo quedó como si no hubiese ocurrido nada.

Tan sólo encima de la mesa de escribir había una cosa que denotaba que allí había ocurrido algo. Era una tarjeta rectangular, de un color verdoso. Estaba impresa en su mayor parte y unas notas a mano rellenaban los huecos e interrogantes.

El sargento la tomó en sus manos, le dio un vistazo y se la pasó al capitán.

—Vea esto, señor. Creo que aquí está la clave de todo.

El capitán Thumba leyó atentamente la tarjeta.

CONTROL DE INVESTIGACIONES
LABORATORIO

OBJETO ANALIZADO: Mineral

PRESENTADO POR: Mariano Paredes

PROFESION: Colono.—Agricultor

PROCEDENCIA TERRESTRE: Chile (Continente americano)

RESIDENCIA EN SAGITAR: Orestes, Sector 15. Comarca 54.

RESULTADO: Betanio, 65

COMPROBACION: Positiva 100 X 100.

—¿Qué le parece, señor?—preguntó el sargento. —¿Qué quiere que me parezca sargento? Vamos a ser testigos de algo muy grande. Pero..., la verdad, me gustaría más estar en otra parte.

Tras estas palabras, el capitán Thumba quedó silencioso. ¿Qué les traería aquel descubrimiento? Nada menos que “Betanio, 65”, el mineral de más cualidades energéticas de los conocidos. Que él recordase, lo menos en tres planetas se estaba buscando este codiciado mineral.

Y había sido, precisamente, en Sagitar donde se había encontrado. Y apenas descubierto, un crimen. ¿Sería el último?

Recordando algo de pronto, el capitán ordenó:

—Sargento, haga entrar al doctor Doufin. Necesitamos saber dónde pueda estar la muestra de mineral.

Cuando el químico entró, el capitán Thumba le enseñó la ficha.

—Aquí tiene, doctor. Este es el motivo del asesinato de Raymond.

—Pero..., esto.. ¡Esto es sorprendente! ¡“Betanio 65”!

El capitán cortó las exclamaciones del químico.

—No hemos visto ese mineral. ¿Sabe usted dónde puede estar?

El doctor Doufin dirigió una mirada al aparato de pruebas. Leyó en los controles y exclamó:

—Todavía está aquí dentro—y añadió, entusiasmado: —¡Esto es maravilloso, señores! Vean estos controles. Aunque todo está

apagado y la aplicación del reactivo ha cesado, todavía se nota el fuerte poder energético del “Betanio”. Esta muestra debe de proceder de un yacimiento de un valor incalculable. Si se encuentra mucho, el hombre que lo descubrió será millonario.

—Ese hombre es un criminal, doctor—repuso el capitán.

—Pues, entonces, lo será quien tenga ese terreno. Y quién sabe si todos sus colindantes.

El entusiasmo del químico fue cortado por una voz enérgica que venía desde la puerta.

—Está bien, doctor. Ya nos ha hecho bastante propaganda del “Betanio”.

El que había hablado avanzó hasta situarse ante el doctor Doufin.

—A sus órdenes, comandante Travers—se oyó decir a la vez al capitán y al sargento. Ambos saludaron, también, a la acompañante del comandante, la teniente Carmina Dorado.

El mayor Travers correspondió con un gesto al saludo militar de sus hombres.

—Comandante, no sé si sabrá lo ocurrido—comenzó a decir el capitán.

—Sí, me he encontrado con el jefe de los investigadores. Ya me han dicho lo que ha pasado. Luego he oído desde la puerta su conversación con el doctor. Más tarde me informará extensamente.

Dirigiéndose al químico, que le contemplaba en silencio, dijo:

—Convendría, doctor Doufin, que todo lo ocurrido aquí quedase en el más estricto secreto. El descubrimiento, el crimen, el resultado del análisis, todo. No podemos prever lo que puede ocurrir si esto trasciende. Hay que obrar con mucha precaución.

—Está bien, mayor Travers. Guardaré el más absoluto silencio sobre todo esto.

—Gracias—respondió el comandante. Dirigiéndose a sus hombres, les ordenó: —Y lo mismo les digo a todos ustedes. De todo esto, ni una sola palabra a nadie hasta nueva orden.

Pero aquella precaución llegó un poco tarde. Unos minutos antes, uno de los agentes que había escuchado todo lo hablado allí, se había deslizado sin ser visto y había escapado del edificio.

El comandante Travers se dirigió nuevamente al químico.

—Doctor Doufin, por favor. Investigue detenidamente esa muestra de “Betanio” y envíeme rápidamente un informe a la Central de Seguridad. Debo de informar al Centro de Coordinación Espacial y sus informaciones me serán de gran utilidad.

—¿Qué hacemos con el criminal, mayor?—preguntó el capitán Thumba.

—Aquí no hay nada que hacer—respondió el comandante—. Que tome el Sargento Chenab los hombres que tiene aquí y que vaya a prenderle en cuanto amanezca. Que compruebe también cómo está aquello y luego enviaremos más agentes a vigilar el yacimiento. Usted, Thumba, venga con nosotros. Hemos de informar enseguida. Vamos, Carmina.

El comandante y la teniente echaron a andar, camino del aeromóvil que los había llevado hasta allí. El capitán les siguió tras ordenar al sargento.

—Ya ha oído lo que debe de hacer. En la medida de lo posible, procure no alarmar demasiado. Si tiene alguna dificultad avise enseguida. Esté en continuo contacto con nosotros por tele radio.

—A sus órdenes, capitán. ¡Vamos, muchachos!

Las fuerzas de seguridad se dispersaron, cada una en una dirección.

Mientras tanto, en su refugio del “Sector 15, Comarca 54”, el chileno Mariano Paredes se preparaba para hacer frente a cualquier ataque. Con la pistola térmica robada en el laboratorio y un fusil de rayos de su propiedad pensaba mantener alejados a cuantos asomaran por allí.

Aquel colono había descubierto el “Betanio, 65” y quería defender lo suyo a toda costa.

CAPÍTULO II

EL muchacho irrumpió en el comedor y comunicó a sus padres:

—Papá, conecta tu mini-televisor. El canal X-56. Han anunciado que van a dar una noticia de minería muy importante.

El padre, la madre y la hermana pequeña del muchacho se movilizaron rápidamente. Frente a ellos, junto al plato de cada uno estaba situado el mini televisor individual. Manipularon en sus mandos para cambiar de canal. Cada aparato estaba sintonizando un programa distinto, de acuerdo con los gustos de cada uno, pero todos quisieron conocer aquella información extraordinaria.

A los pocos instantes los pequeños televisores llenaban sus diminutas pantallas con el rostro de un hombre: Joe Staton, el mejor cronista del canal X-56. En cuanto comenzó a hablar se le adivinó notablemente contrariado.

—Señoras y señores—comenzó diciendo: —Hace unos minutos ha llegado a mis oídos una noticia sensacional. Aunque el conducto que me la ha facilitado no es nada oficial, parece ser que no se debe dudar de su verosimilitud. Se trata de lo siguiente...

El comentador de la TV siguió informando sobre el descubrimiento que se había producido en Sagitar. En realidad no dijo nada en concreto, porque en la Tierra no se sabía mucho en aquellos momentos. Pero sí dijo lo suficiente sobre el "Betanio, 65", para que se conmoviera el ánimo de cuantos le escuchaban.

La ignorancia sobre lo que podía suponer tal descubrimiento y la carencia de una información más amplia, aumentaba más todavía el interés.

Joe Staton, acabó así su comentario:

—Creo, amigos, que nos encontramos ante una cosa muy importante. Poco sabemos, pero poco tardaremos en saber más. Ahora mismo voy a desplazarme a la Agencia de Colonización y Desarrollo de Sagitar en la Tierra y averiguaré más cosas que comunicaré a ustedes seguidamente. ¡Hasta pronto, amigos!

Otro programa ocupó la pantalla de los mini-televisores y el muchacho preguntó a su padre:

—¿Qué te parece, papá? ¡Debe de ser una cosa grande, eh!

—Sí, eso parece. Esperemos a ver.

—¿Habías oído hablar alguna vez del "Betanio"?

—No, nunca. Esta es la primera vez. Pero creo que vamos a oír

hablar mucho sobre esto de ahora en adelante.

No se equivocaba aquel padre de familia, ni otros millares y millares de padres de familias. Millones de familias enteras que se preguntaban qué era el “Betanio, 65”.

Para saciar su curiosidad estaban movilizados los mejores informadores de la Prensa, la radio y la televisión. Todos convergían, cada vez en mayor cantidad, hacia el único lugar de la Tierra en donde podrían darles noticias sobre aquello: la “Agencia de Colonización y Desarrollo de Sagitar.”

* * *

El murmullo se iba haciendo cada vez más denso. La oficina de relaciones públicas de la “Agencia” de Sagitar, tan silenciosa haría una hora, parecía ahora una colmena llena de zumbidos.

—Pero, ¿es que nadie puede decirnos aquí nada?

—No protestes, amigo. Llevo más de media hora preguntando y nadie me hace el menor caso.

—Pues yo no voy a aguantar mucho tiempo esto, te lo aseguro.

Las conversaciones que mantenían entre sí los periodistas y locutores de la radio y operadores de la TV, eran todos por estilo.

Al fin, alguien de la casa avanzó hacia el grupo de periodistas, pasó por entre la doble fila que le abrió pasos y una vez estuvo en el centro, preguntó:

—Caballeros, ¿en qué puedo serles útil?

El zumbido de la colmena subió unos tonos al intentar hablar todos a la vez.

—¡Por favor, señores! Hablen uno a uno, de lo contrario no vamos a entendernos.

—Tiene razón el secretario de Prensa—se oyó decir a una voz—. Si no hablamos por orden, no nos vamos a entender.

Aunque no muy convencidos, los presentes fueron bajando el tono de sus voces, hasta que quedó un silencio total en toda la sala.

—Eso está mejor—aseguró el funcionario—. Ahora, pregunten lo que quieran.

Joe Staton, uno de los periodistas más viejos, representante del famoso canal X-56, se adelantó a hablar. Antes de hacerlo miró en torno suyo, como si tantease la conformidad de sus compañeros.

—Adelante, Joe. Pregunta tú por todos—se oyó decir a una voz.

El aludido se dirigió al secretario de Prensa:

—Ya puede usted suponer lo que queremos, señor Williams.

Queremos saber qué hay sobre todo eso del “Betanio, 65”.

—¿Qué quiere usted decir?

—No se haga de nuevas, que sabe muy bien a qué nos estamos refiriendo todos. Corre el rumor de que se ha descubierto en el planeta Sagitar un mineral muy importante: “Betanio, 65.” Nosotros, todos, ya hemos dado la noticia. Pero, díganos, ¿es cierto, o no?

—¿En dónde han sabido tal cosa?

—Eso es lo de menos. ¿Es cierto, o no?

El secretario de Prensa titubeó unos segundos. Luego habló con cierta cautela.

—Señores, sintiéndolo mucho no puedo decirles nada de lo que les interesa.

—¿Por qué no?—se oyó preguntar a una voz del fondo.

—¿Qué quiere decirnos con eso, señor Williams? —interrogó más diplomático, el veterano informador de la TV.

Está bien claro, señores. No puedo decirles nada porque no poseemos todavía una información fehaciente de lo que quieren saber.

—Pero, ¿es cierto, o no, ese descubrimiento?

—Les repito que la información recibida hasta ahora es imprecisa. No les puedo decir más.

—Entonces, ¿qué quiere que hagamos? Nuestros oyentes, lectores o televidentes están esperando nuestra información. Se la hemos prometido. ¿Qué quiere que hagamos?

—Yo me atrevería a darles un consejo, pero ignoro si lo querrán seguir. Y eso que creo que es lo mejor.

—Hable de una vez. Veremos lo que nos propone y entonces decidiremos.

—¿No podrían esperar un poco? No creo que tardemos mucho en saber algo más concreto.

—¿Esperar un poco? ¿Cómo cuánto?

—Quizá unas horas. No puedo decirles…, pero tengan la seguridad de que en cuanto sepamos algo, les llamaremos enseguida.

Los periodistas se miraron unos a otros. Cuchichearon entre ellos durante unos minutos, y al fin contestó por todos Joe Staton.

—Bien, esperaremos. Pero no es necesario que envíe a buscarnos cuando sepa algo. Nos quedaremos aquí mismo para estar más cerca.

El representante de la Agencia, sonrió.

—Como prefieran ustedes. Compórtense como si estuvieran en casa.

Y haciendo un saludo con la mano dirigido a todos, abandonó la sala.

En cuanto Williams regresó a su despacho lo primero que preocupó su mente fue la forma y manera de cómo había llegado a filtrarse una noticia como la del descubrimiento del “Betanio, 65”.

—“No sé qué pensar. Algo hay aquí que no ha funcionado como es debido. Y es necesario averiguar lo que es”.

Hasta donde él sabía y recordaba, las cosas se habían producido con toda normalidad.

Allá en el Planeta Sagitar, a los pocos minutos de arribar a su oficina, el comandante-mayor Travers, había enviado un avance informativo del descubrimiento y de lo ocurrido como consecuencia de ello. Esta información, como todas las que enviaba Sagitar, la había transmitido por el éter al “Centro de Coordinación Espacial S-4”.

El “Centro S-4”, abreviatura por la que era más conocido aquel organismo, estaba instalado en una de las bases artificiales instaladas en el espacio. La misión de estas bases era la de servir de enlace y punto de apoyo entre la Tierra y los distintos planetas que eran objeto de investigación o colonización.

Cada uno de estos planetas en estudio o explotación tenía asignado un número determinado de estas “bases”. En ellas se repostaba combustible, se efectuaban reparaciones y hasta se montaban astronaves. En todas había grandes depósitos de alimentos de todas clases, especialmente sintéticos. El tamaño de las bases era variable, según estuvieran más o menos cerca del planeta al que estaban destinadas.

El “Centro S-4” era el último contacto en la cadena establecida entre la Tierra y el planeta Sagitar. Por eso el tamaño de su “base” era cuatro o cinco veces mayor que sus otras compañeras en la ruta. Era capaz para albergar unas cien mil personas, con sus vehículos espaciales y toda su impedimenta logística.

A esta base era adonde había llegado la primera noticia del descubrimiento del “Betanio, 65”. Desde aquí, enlazando con las restantes bases de la cadena, había llegado en pocos minutos a la Tierra, precisamente a la sala de recepción de la “Agencia de Colonización y Desarrollo de Sagitar”. En este recorrido, era donde se había producido la inoportuna filtración.

—Ahora—se dijo—, no tenemos más remedio que contarlo todo.

Y es preciso hacerlo cuanto antes.

Con esta decisión se dirigió al despacho donde se hallaban reunidos los altos dignatarios de la “Agencia” y los puso al corriente de lo que ocurría.

La consternación más viva se apoderó de todos los presentes. Uno de ellos, reaccionando, preguntó al secretario de Relaciones Públicas:

—¿Qué cree usted que debemos hacer, Williams?

—Reunir toda cuanta información tengamos en nuestro poder y ofrecerla a los que están ahí fuera esperando. No tenemos otro remedio.

* * *

La habitación era muy amplia y permanecía en una media penumbra que le daba un aspecto misterioso. Estaba llena de pupitres alineados en filas de seis, como en las escuelas. Las pequeñas pantallas de proyección de cada pupitre, débilmente iluminadas, daban un aire más fantasmagórico al ambiente, lanzando un pálido reflejo sobre los rostros de quienes ocupaban aquellas mesas.

Se trataba de la Sala de Conferencias de la “Agencia” de Sagitar y en aquellos momentos estaban informando a todos los periodistas reunidos sobre cómo era aquel planeta y en qué condiciones se desarrollaba la vida de los terrícolas en él.

—Lo que ahora ven en sus pantallas—anunciaba una voz—, es el suelo de Sagitar. Como observarán, es una superficie áspera, con muchos salientes o pequeños granos. Son residuos calcáreos que se superponen en la época de las lluvias.

En las pequeñas pantallas apareció una gran panorámica de lo indicado. Toda la superficie se veía salpicada de aquellos picos calcáreos, algunos de ellos tan afilados como agujas, muy semejantes a las estalagmitas. En algunos trechos veíanse rectas carreteras o pistas, de superficie lisa.

La voz siguió anunciando:

—Los medios de transporte, además de los helireactores y aeronaves para grandes alturas y distancias, son todos de superficie. Los privados están constituidos por turbo-móviles desde una a cuatro plazas. Estos utilizan, necesariamente, una incipiente red de carreteras, hoy por hoy, suficiente para estos desplazamientos. El transporte medio pesado y de gran peso, así como los servicios oficiales —policía, sanidad, asentamientos—, se realizan por medio

de aeromóviles de diverso tamaño.

En la pantallita de cada pupitre se vieron varios modelos de cada uno de estos vehículos Los aeromóviles, al alcanzar la altura que le permitían sus “cojines” de aire, obtenían una libertad de movimientos casi total. Aquélla le facilitaba, además de una velocidad óptima, el poder marchar en cualquier dirección y el posarse sobre todo terreno.

El informador prosiguió con su cantinela.

—En Sagitar las lluvias no son continuas, ni fuertes. Tienen lugar cuatro veces al año y suponen lo que para nosotros los cambios de estación, aunque no con las variantes bruscas que en la Tierra. En Sagitar el clima es uniforme en cuanto a temperatura, pero no en cuanto a humedad. Allí los cambios son dos: seco o húmedo.

En las pantallas aparecieron entonces, en sucesión, unas vistas mostrando varios tipos de bosques; otras en las que se veía unas parcelas de huerta magníficamente trabajadas, y unas terceras, con una boca-minera con montones de mineral recién extraído.

—Levantada la capa calcárea—prosiguió diciendo la voz—, en Sagitar hemos obtenido tres cosas: espléndidos bosques con árboles de una altura extraordinaria y una madera de la mejor calidad. Tierras de labranza en las que se obtienen hasta cuatro cosechas, y abundancia de minerales, entre los que se encuentran...

Una voz salida del grupo de periodistas cortó al informador:

—¿El “Betanio”, por casualidad?

Todos los concurrentes soltaron sus risas coreando a su compañero. Era aquella una forma de mostrar su disconformidad con el trato de que eran objeto

Hacía muchas horas que aquellos hombres estaban esperando unas noticias que conmoverían al mundo. Ahí estaban reunidos los mejores informadores de Prensa, radio y televisión de todo el planeta terrestre. Al fin de tan larga espera y cuando ya confiaban en saber algo interesante, les hablaban de las condiciones de vida en Sagitar. Aquello tenía también su interés, nadie lo dudaba, pero, ¿por qué no se les hablaba del “Betanio, 65”? ¿Qué motivos había para ello?

La voz del informador, que había enmudecido, volvió a oírse.

—Ciertamente, entre esos minerales se encuentra el “Betanio”. Precisamente, desde hace menos de veinticuatro horas, sabemos que este mineral existe en el planeta Sagitar.

Un murmullo que subía en intensidad conmovió los muros de la

sala de conferencias. Y mientras los informadores tomaban rápidas notas estenográficas, los haces luminosos de los focos asaetaron la figura del señor Williams, el informador de la "Agencia", quien aguantó impertérrito el chaparrón de fotos y tomas de vista de la televisión.

Cuándo volvió a renacer la oscuridad, el informador indicó:

—Por favor, miren en sus pantallas.

Haciendo lo indicado, todos pudieron ver en ellas una vista panorámica de una población, bastante extensa, pero de edificios más bien bajos. La panorámica se desplazó hacia las afueras y recorrió una gran extensión de terreno labrado. El movimiento se detuvo y en las pantallas apareció encuadrado un sector parcelado de huertas, salpicado de pequeños hongos de cemento.

—Esa es la ciudad de Orestes—fue informando la voz de Williams—. Es el principal centro urbano de Sagitar. En su distrito es donde se ha encontrado el "Betanio". Concretamente en esa zona que ahora aparece en las pantallas. Esa especie de hongos son edificios de cemento que sirven de vivienda, almacén y silos a los agricultores.

—¿En cuál de esas parcelas se ha descubierto el mineral?— preguntó una voz.

—No sé decirles concretamente cuál es. Lleva la sigla de "Orestes: Sector 15-Comarca 54".

—¿Quién fue el descubridor? ¿Lo sabe usted? volvieron a preguntar.

El informador quedó un momento en suspenso, sin atreverse a dar una contestación. El nombre del descubridor estaba ligado a un homicidio. Eso era lo que se desprendía de las primeras noticias y de ahí la confusión de Williams ante el grupo de periodistas.

—¿No puede contestarnos a eso, señor Williams? —preguntó el' veterano loe Staton.

Williams intentó encontrar una solución rápida a aquel pequeño problema. Después de todo, pensó, nadie sabía nada y no había ningún mal en dar a conocer la identidad del descubridor.

—Sí, puedo contestar a esa pregunta—dijo resueltamente—. Se trata de un colono-agricultor procedente de Chile llamado Mariano Céspedes. No sabemos nada más por ahora.

La reunión todavía prosiguió un rato más. Los informadores arreciaron en sus preguntas intentando saber más cosas sobre el "Betanio, 65". Su tremendo poder energético, superior a todo lo conocido, la riqueza del filón descubierto, ideas para la explotación,

aumento de colonos y otros aspectos similares sobre el futuro de Sagitar.

A todo contestó como buenamente pudo el portavoz oficial, esquivando el problema con estas palabras:

—Tengan en cuenta, señores, que estamos en el preámbulo de todo. Sólo sabemos que en Sagitar existe “Betanio”, lo demás lo iremos sabiendo y resolviendo sobre la marcha. Una cosa quiero que sepan: de todo cuanto vayamos conociendo serán ustedes informados. El descubrimiento del Betanio es un hecho que interesa a todo el mundo terrestre y aliado. Por tanto, deseamos que todos estén informados.

En aquel momento, uno de los auxiliares de Williams que había entrado en la sala hacía algunos minutos, se aproximó a su jefe y le hizo un breve comentario al oído. Este afirmó con la cabeza y dirigiéndose a la concurrencia, preguntó:

—¿Alguna pregunta más, señores?

Hubo unos instantes de cuchicheos entre los periodistas. Se tiraron algunas placas más y se rodaron más metros de película. Joe Staton habló en nombre de todos:

—Gracias, señor Williams—y sonriendo abiertamente, prosiguió: —Esta información nos ha reconciliado con usted y con la “Agencia”. ¡Buenas tardes!

— ¡Hasta siempre, amigos!

Poco a poco los periodistas fueron desalojando la sala de conferencias.

Williams permaneció de pie en su estrado viéndolos marchar. Cuando el último informador hubo desaparecido, lanzó un suspiro de alivio. Dirigiéndose a su ayudante, exclamó:

—Un poco de verdad, otro poco de mentira… Aquí ya hemos acabado. ¿Me dijo usted que en el Gran Consejo deseaban verme urgentemente?

—Sí, señor. Le están esperando hace unos minutos —respondió el ayudante.

—Vamos a ver lo que ocurre ahí dentro.

El secretario de Prensa abrió una de las puertas y pasó por una serie de corredores hasta llegar ante la sala de reuniones del Gran Consejo de la “Agencia”. Penetró en ella y se encontró con todos los consejeros reunidos.

Bajo la presidencia del negro africano Jules Pendía, estaban reunidos Roy Parker, canadiense, que ejercía el cargo de secretario; Ricardo Gálvez, argentino, administrador de la “Agencia”; el

español Roberto Morales, el francés Charles Morin, el alemán Peter Heuser, el portugués Silva Branco y el húngaro Sandor Molnar.

Al llegar Williams, todos los presentes levantaron hasta él sus miradas. El presidente le interrogó:

—¿Cómo ha estado esa reunión, Williams?

—Bastante bien. Les he hablado de Sagitar, de su clima, de su explotación.

—¿Y del "Betanio"?

—También de eso, pero poco—y comprendiendo el interés del presidente Pencha, añadió: —No teman. Sólo saben que se ha descubierto ese mineral. Y nada más. Por ahora podemos estar tranquilos.

—¿Usted cree?—preguntó el secretario Parker. Dirigiéndose a Jules Pencha, le indicó: —Ande, Pencha, comuníquele la noticia.

—¿Qué es lo que ocurre?—preguntó Williams—. ¿Más contrariedades?

—Tome, lea esto. Lo acabamos de recibir.

El presidente Pencha pasó al jefe de Prensa un cable con noticias de Sagitar. Williams leyó:

De Centro S-4

Urgente

A "Agencia Sagitar"

Se están produciendo desplazamientos de gentes no previstos en dirección a punto donde se ha descubierto "Betanio, 65". Si prosiguen serán peligrosos para organización colonia.

CHOU LAN

Alto Comisario

Tras la lectura, Williams recorrió su mirada por los rostros de todos los presentes y en todos ellos observó la misma angustia y preocupación. El "Betanio, 65" comenzaba a hacer de las suyas.

CAPÍTULO III

LA casa, en forma de hongo, se recortaba en medio de los surcos de la tierra.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

El silencio más absoluto siguió a aquella pregunta. Quien la había hecho se arrastró por el suelo furtivamente. Desde el liviano refugio donde estaba escondido, pasó a otro desde el cual podía dominar mejor la casa.

Desde dentro del pequeño edificio, un hombre se acercó a una de las ventanas. Asomó ligeramente la cabeza y acertó a distinguir la sombra del que acechaba.

— ¡No siga adelante!—exclamó—. Salga pronto de ahí y márchese. Si no lo hace, dispararé contra usted.

Al decir esto asomó por el ángulo de la ventana el cañón de su fusil térmico.

El que estaba en la parte de fuera contempló con cierta cautela la casa. Fijó su vista en la ventana y vio asomar el cañón del fusil.

—No dispare usted, Paredes—exclamó—. No vengo a hacerle daño.

—¿Quién es usted?

—No se fíe de las apariencias. Aunque llevo uniforme de la policía, ya no lo soy. Acabo de desertar.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere en mis tierras?

El otro salió un poco de su escondite. Era un hombre mulato, alto y llevaba el rojo uniforme de la policía de Sagitar.

Era el agente que se había escabullido del laboratorio del “Centro de Investigaciones” en cuanto se supo quién había descubierto el “Betanio, 65”. Y el hombre que se escondía en la casa era Mariano Paredes, el colono chileno que lo había descubierto y había asesinado al químico ayudante.

Aquellas tierras que aparecían roturadas y limitadas por vallas metálicas perforadas simétricamente, pertenecían al distrito agrícola de la ciudad de Orestes. Formaban el “Sector, 15-Comarca 54”. Y bajo aquel suelo estaba el “Betanio, 65”:

Desde dentro de la casa se oyó preguntar de nuevo.

—¿Qué es lo que quiere en mis tierras?

—Vengo para ayudarle. Usted solo no puede hacer nada para sacar el “Betanio”. Mucho menos para defenderlo.

—No dé un paso más, policía. Le estoy apuntando y dispararé si avanza más.

El otro se detuvo en seco. Ya había intentado el paso de la valla metálica por dos o tres sitios. Pero todos estaban dominados por las ventanas de la casa. Esta, con su forma de hongo, presentaba una superficie completamente lisa y circular. Las ventanas que, de trecho en trecho, se abrían en ella, permitían dominar toda la contornada. Era imposible sustraerse a la vigilancia.

—No sea tonto, Paredes—dijo el policía—. No quiero hacerle ningún daño. Ahora mismo vendrá más gente y le atacarán. Los dos podemos defendernos mejor.

—No, amigo. Yo sé lo que anda buscando, pero no lo logrará. Usted quiere saber dónde está el "Betanio". También quería saberlo el químico, y ya vio usted cómo acabó...

Aprovechando la larga parrafada del labriego, el desertor dio un salto sobre la valla metálica y, penetró en las tierras labradas del chileno.

—¡Fuera de ahí, ladrón!—chilló el colono.

Al mismo tiempo apretó el gatillo de su fusil. Una llamarada de un rojo intenso salió del cañón del arma y se dirigió en línea recta hacia donde estaba el policía.

Este, adivinando la reacción del labriego, dio un salto de costado y evitó que le alcanzara la lengua de fuego.

— ¡No dispare más! ¡Me marcharé!—chilló, asustado.

El otro pareció acceder a la demanda del desertor.

—Está bien. Salte en seguida la valla y márchese inmediatamente. ¡Y diga a todos que no se acerquen por aquí si no quieren morir!

El amenazado policía se dirigió hacia la valla. Cuando le faltaban unos tres metros para llegar a ella, se detuvo.

—Creo que comete un error, Paredes—dijo, como en un último intento de conquista—. Entre los dos podríamos hacer lo que usted solo no podrá.

Al tiempo que iba hablando, torció su cuerpo para dar la cara a la casa, mirando hacia la ventana desde la que le había disparado el chileno. Pero aquello no era más que una añagaza. Las verdaderas intenciones del hombre era preparar su último ataque.

Ocultando sus movimientos a la mirada del colono, sacó su pistola de rayos infrarrojos y, creyendo tenerle entretenido con su charla, apuntó rápido y disparó.

El haz de rayos no dio en el blanco. Se desvió un par de palmos

y dio a un lado de la ventana. Allí quedó un boquete de muestra.

—Debí figurármelo—exclamó el chileno—. Ahora no te escaparás.

Apuntó cuidadosamente. A través del visor vio al desertor cómo corría hacia la empalizada. Le vio intentar cruzar la valla y cuando estaba encaramado para saltar al otro lado, disparó.

La lengua de fuego lanzó su estela roja buscando el cuerpo del policía. Está vez le dio de lleno y el desertor quedó en el suelo, completamente carbonizado.

—¡Maldito ladrón!—comentó el colono—. Es preciso que me prepare para defenderme bien.

Se dirigió a un armario y escarbando en uno de los cajones encontró una pistola de rayos de corto alcance.

—“Esto también me servirá”—pensó, y sacándose de la cintura la pistola que había robado en el laboratorio, colocó las dos sobre la mesa.

Revisando por toda la casa no pudo encontrar ninguna otra arma, pero su vista se detuvo ante un largo cuchillo.

—Esto también puede servir.

Cuando lo hubo dejado al lado de las pistolas, oyó ruido en la parte de fuera. Se asomó a la ventana y vio dos sombras que se acercaron al cuerpo quemado del policía.

—Este no ha tenido suerte—oyó que decía uno de los desconocidos.

—Quienes se esconden ahí dentro deben estar bien armados—comentó el otro—. Debemos ir con cuidado.

Por encima de la valla asomaron las cabezas de los recién llegados.

Eran dos hombres desconocidos para el chileno. Por lo poco que veía de ellos pudo comprobar que iban vestidos como todos los colonos de Sagitar.

Se trataba de campesinos como Paredes. Hasta ellos habían llegado rumores del descubrimiento del “Betanio, 65” y comenzaban a llegar al lugar del descubrimiento. Sus intenciones permanecían en una nebulosa de curiosidad, envidia y rapacidad.

—¿Cuántos crees que habrá ahí dentro de la casa? —preguntó uno de ellos.

—No lo sé. He oído decir que aquí sólo vive un chileno. Un tal Paredes, que es quien ha descubierto el mineral.

—Entonces debemos intentar algo. Creo que podremos con él.

¡Vamos!

El que había hablado se apoyó en la valla y dio un salto para pasar al otro lado. En aquel mismo instante un rayo rojo salió de la ventana y el intruso quedó fulminado, ante la mirada atónita de su compañero.

— ¡Oh, es horrible!—pudo exclamar, al tiempo que se agazapaba todavía más para no ser visto.

Desde la casa le llegó la voz de Paredes:

—¡Eh, usted! ¡Ese que se esconde! ¡Váyase enseguida si no quiere correr la suerte de su amigo!

El aludido se tiró al suelo cuan largo era. Arrastrándose se alejó de allí, dispuesto a no ofrecer blanco.

Cuando alcanzó la ligera defensa de un seto que le cubría de las miradas del chileno, se detuvo. Respiró un poco más tranquilo y se quedó quieto esperando. No sabía lo que hacer: si continuar huyendo, o esperar allí que pasara el tiempo e intentar de nuevo el entrar en las tierras del colono.

A poco de encontrarse en aquella situación, oyó unas voces. Atisbo por entre el seto y vio a un grupo de cinco hombres que se dirigía hacia la valla metálica.

—¡Eh! ¡Aquí, en el seto!—llamó—. ¡Vengan acá y no avancen más! ¡Ahí dentro hay un hombre armado!

Los cinco hombres se detuvieron en seco. Al ver quién les hablaba, se dirigieron hacia allí.

—Túmbense aquí—aconsejó el escondido—y no asomen la cabeza por nada.

A continuación les refirió lo que le había ocurrido a su amigo y a él.

—Cuando llegamos vimos el cadáver de un hombre carbonizado. Parecía un policía—agregó.

Los seis hombres quedaron unos minutos en silencio.

—¿Cuántos hombres crees que habrán ahí dentro? —preguntó uno de los recién llegados.

—Sólo ha disparado uno. No sé si habrán más.

—No debe de haber más—agregó otro del grupo—. Hace muy poco que se ha sabido lo del “Betanio” y ése que hay ahí dentro debe de ser el que lo ha descubierto. Intentará defender esta tierra a toda costa.

-—¿No os parece extraño que no haya venido todavía la policía?

—¿Para qué quieres que venga tan pronto? Aquí nos tienen a

todos seguros. No tienen miedo que se escape nadie.

—Pero ese hombre carbonizado—aclaró el que había llegado antes—, llevaba el uniforme de la policía.

—No sé por qué, me parece que ese era un desertor. Ese venía como nosotros, a pescar lo que se pueda.

Los hombres rieron el comentario, hasta que uno de ellos, el que parecía llevar la voz cantante, exclamó:

—Bueno, así no haremos nada. Hay que intentar acabar cuanto antes con ése de ahí dentro. A las buenas o a las malas, nos ha de dar parte de lo suyo.

—¿Qué crees que debemos hacer?—preguntaron sus compañeros.

El que había hablado primeramente esbozó un plan de ataque.

—Un hombre sólo—dijo—no podrá contra todos. Será cuestión de rodear la casa y atacarlo por todas partes. Que uno le entretenga hablando y amenazando, mientras los otros avanzan hacia la casa.

—¿Y si comienza a disparar?

—No podrá disparar contra todos a la vez. Nosotros tampoco vamos desarmados. Con que lleguen dos o tres a la casa, bastan.

—Sí, pero los otros, los que caigan...

El que hacía de jefe se encogió de hombros.

—Una nos toca, muchachos. El que caiga, mala suerte. Pero el que se salve, puede ser rico. La elección no es dudosa y hay que arriesgarse.

Protegidos por la valla metálica, fueron rodeando la propiedad del chileno.

Desde dentro de la casa, el colono notaba los movimientos de aquellos hombres. El enrejado de la empalizada le permitía seguir la dirección de cada uno de los atacantes. Pero, como eran varios, no sabía qué partido tomar.

Mariano Paredes fue pasando de una a otra ventana para comprobar la intensidad del asedio. Tres nuevos hombres habíanse unido a los siete anteriores. Aleccionados rápidamente por el que planeó la operación, los recién llegados se deslizaron al lado de la valla para tomar nuevas posiciones.

Cuando hubieron ocupado puestos desde los que dominaban la situación, el jefe se dirigió al chileno:

—No puedes hacer nada contra nosotros, amigo.

Vale más que nos pongamos de acuerdo y así podrás sacar algo.

—¿Qué es lo que queréis?—preguntó el colono, desde dentro de

su casa. Había comprobado lo precario de su situación y quiso probar fortuna con aquellos hombres.

—Primero que nada, que salgas y tires las armas. Luego hablaremos tranquilamente.

—Decidme ahora lo que pretendéis. No saldré de aquí sin conocer antes vuestras intenciones.

—Bueno, amigo, lo mismo da. Queremos que nos des parte en tu propiedad. Cuando vengan los policías debes decir que todos nosotros estábamos contigo cuando descubriste el "Betanío".

—Lo que vosotros queréis es robarme lo mío—respondió el chileno—. No lo consentiré.

—No tienes ninguna escapatoria—dijo el que mandaba—. Vamos a atacarte desde todas partes.

—Venid cuando queráis. Aquí os espero.

Como habían proyectado, la conversación entretuvo al colono pegado a una sola ventana. Por la parte de atrás fueron saltando la valla otros hombres, que se aproximaron en silencio hacia la casa.

Paredes, desde dentro, oyó unos extraños ruidos y comprendió la jugada. De un salto se plantó delante de la ventana trasera y casi sin apuntar disparó el fusil de rayos.

La lengua de fuego barrió repetidas veces la tierra, alcanzando a dos de los hombres que atacaban. El tercero retrocedió asustado.

El alarido que lanzaron los hombres al ser alcanzados, previno al que hacía de jefe. El chileno—pensó—había abandonado su vigilancia. Ante él tenía el campo libre. Saltó la valla con decisión y sacando una pistola del cinturón, corrió hacia la casa.

— ¡Vamos, muchachos, ha llegado nuestra oportunidad!—animó a los que habían saltado con él.

Una lengua de fuego le pasó rozando, mientras saltaba en zigzag en previsión de ataques como aquél. Tras él fue alcanzado uno de los hombres que le seguía.

El chileno que había vuelto a su primitiva posición, se entretuvo persiguiendo con sus disparos a otros dos hombres.

Aprovechando aquella circunstancia, el que hacía de jefe pudo llegar sin obstáculos hasta la puerta de la casa. Una vez allí disparó su pistola contra la cerradura y ésta quedó inservible. Un patadón la abrió de par en par.

El hombre se hizo a un lado con toda rapidez, al tiempo que desde dentro salían, uno tras otro, varios disparos del fusil térmico del chileno.

El atacante no tuvo ninguna prisa. Era un hombre que sabía lo

que se hacía.

Notó a su espalda que alguien se acercaba y volvió la cabeza. A su lado estaba uno de los hombres que le ayudaron en el ataque.

—-¿Cómo ha ido eso?—le preguntó.

—Ese maldito chileno ha tumbado a tres hombres por esta parte. ¡He escapado de milagro!

—Ya falta poco. Dentro de un momento todo esto será nuestro.

—¿Qué vamos a hacer para acabar con él?

—Pasa al otro lado de la puerta. Cuando yo te diga entraremos a la vez.

El recién llegado hizo lo que le decían. Saltó por delante de la puerta y una lengua de fuego siguió su sombra.

— ¡Qué poco ha faltado para que me diera!—exclamó cuando estuvo a salvó.

—Ahora mismo hemos acabado con él—tranquilizó el otro.

El que había hablado apercibió su pistola y señaló a su compañero que estuviera alerta. A los pocos segundos le dijo:

—¡Ahora!

El otro saltó hacia el interior de la casa, pero no pudo ir muy adentro. Un rayo le dio de lleno y lo dejó arrumbado en el mismo marco de la puerta.

El alarido del asaltante se fundió con el del resistente. El hombre que había dirigido todo aquello, aprovechando la confusión del momento, había asomado como una tromba y disparado su pistola contra el chileno.

Mariano Paredes se retorcía en el suelo dominado por las convulsiones de la muerte.

El vencedor tomó el fusil del chileno y comprobó que todavía disponía de una abundante carga. Apresuradamente cerró todas las ventanas y aseguró sus cerrojos. Se dirigió a la puerta y protegido por las jambas, gritó a los de fuera.

—Muchachos, la fiesta ha terminado. Que cada cual se vaya a su casa. Al primero que asome por aquí lo carbonizaré de un tiro.

—¿Y eso por qué?—preguntó uno de los que habían quedado fuera.

—La cosa es muy sencilla. Porque aquí no hay más amo de todo esto que yo.

La reacción del que había hablado fue inmediata. Como movido por un resorte saltó hacia adelante, intentando entrar en la casa.

Sólo pudo dar tres pasos hacia adelante. En cuanto quedó bajo el

ángulo de tiro del de dentro, cayó fulminado por una lengua de fuego.

El resto del grupo corrió á refugiarse fuera del alcance de aquel fusil térmico. Comprobando que el agazapado sólo podía atacar desde la puerta, se fueron agrupando en tomo a las paredes traseras de la casa.

Allí se concentraron, no sólo los supervivientes del primer ataque, sino muchos más que habían acudido al lugar durante el desarrollo del mismo.

La noticia del descubrimiento del "Betanio, 65" se había ido extendiendo durante la noche por todo el distrito de Orestes, llamando la atención de los más codiciosos. Estos, abandonando sus propias tareas y propiedades, se acercaban hasta la fabulosa tierra donde decían que abundaba la riqueza.

Menudeaban las luchas por acercarse a la valla metálica que rodeaba las tierras. En las paredes de la casa, entre los que estaban a cubierto de los disparos del refugiado en su interior, se sucedían las disputas y las agresiones por ocupar un palmo de más en aquel lugar.

En medio de aquel griterío ensordecedor, se oyó un ruido dominante. Era un ruido que iba en aumento y que parecía rodearlo todo.

Toda aquella turba quedó un poco sobrecogida.

— ¡Mirad allí!—gritó uno de todos, señalando el cielo.

— ¡Son los helireactores de la policía!—exclamó otro.

El zumbido se iba haciendo más intenso cada vez, hasta que lo dominó todo. Las voces de los hombres apenas se oían cuando gritaban.

—¡Es la policía! ¡Huyamos!

Alguno de los intrusos recordaba una palabras oídas hacía unos momentos y comunicaba al vecino:

—Quedémonos aquí. Diremos que todos hemos descubierto el mineral y será nuestro lo que se saque.

En medio de todo aquel torbellino de carreras, insultos y agresiones, los helireactores habían cortado la fuerza de sus motores y ahora quedaban flotando a baja altura sobre todo el sector. De uno de los aparatos surgió potente una voz amplificada.

—¡Atención! ¡Atención! Despejen todo este sector. Esta comarca queda bajo el control de la policía de Sagitar. Dentro de cinco minutos no debe quedar nadie en ella. Retírense cada uno a sus residencias y no les ocurrirá nada. Sólo debe quedar ahí el colono

Mariano Paredes, acusado de asesinato. ¡Atención! ¡Retírense los demás! ¡Les concedemos cinco minutos!

Cuando acabó de impartir aquellas instrucciones, el sargento Chenab cerró el contacto del micrófono. Se volvió al capitán Thumba que estaba a su lado, y le preguntó:

—Capitán, ¿usted cree que nos harán caso?

—No sé qué decirle. Esa gente parece muy obstinada. Me temo que deberemos ser un poco duros con ellos.

El sargento se inclinó un poco hacia delante para ver mejor y llamó enseguida la atención de su jefe.

—Mire, capitán. Se están escondiendo todos.

El capitán y dos o tres policías más, pegaron sus rostros al plástico del visor, para ver con mayor claridad lo que le llamó la atención al sargento.

La presencia de los diez helireactores de la policía había enervado a todos los intrusos. Pasado el primer momento de estupor, habían reaccionado de la única forma lógica: corriendo para esconderse. Y como no tenían nada más cercano que la casa del colono Paredes, hacia ella se dirigieron en tromba.

La primera avalancha quedó un poco frenada por los disparos del que se había refugiado anteriormente. Pero pronto éstos fueron insuficientes. Más y más hombres iban concentrándose ante la puerta y aquella masa, al irrumpir dentro de la casa, no sólo acabó con la resistencia, sino que dio fin a la vida del que disparaba.

—¿Qué le parece, sargento?—preguntó uno de los policías.

—Me parece que lo que está ocurriendo es lo mejor que puede pasar.

—¿Usted cree, señor?

—Sí. Mire, ellos mismos se están encerrando. Ahora sólo tendremos que vigilarlos bien desde aquí arriba. ¿No le parece, capitán?

Al no obtener respuesta, el sargento Chenab se volvió para ver dónde se había colocado el Capitán.

Cuando el sargento contestó al agente, no estaba muy convencido de lo que decía, pero le dio aquella respuesta para tranquilizar a sus hombres. Desde la fuga de su compañero, la noche anterior, estaban nerviosos y recelosos. Por eso le hubiera gustado que el capitán hubiera respaldado sus palabras.

Pero lo que dijo el capitán, no fue precisamente nada tranquilizador.

Saliendo de la cabina del radiotelegrafista, el capitán Thumba se

dirigió al micrófono de órdenes de la escuadrilla.

— ¡Atención, aparatos uno y dos! Quédense vigilando esta zona. Procuren que no se acerque más gente al sector 15 — Comarca 54. Pero, sobre todo, eviten cualquier altercado entre esas gentes… ¡Atención, resto de aparatos! ¡Sigan a toda velocidad a este aparato de mando! ¡Nuestro objetivo es la población de Van Buren! ¡Adelante!

Al tiempo que cerraba el contacto del micrófono, tendió al sargento un mensaje que acababa de recibir.

Un sudor frío recorrió la espalda del sargento cuando leyó:

COMANDANTE TRAVERS A CAPITAN

THUMBA

DIRIJANSE A TODA VELOCIDAD CENTRO “VAN BUREN”. TURBAS ENLOQUECIDAS EN RUTA HACIA ORESTES, HAN ASALTADO POBLACION Y ESTAN ARRASANDO TODO LO QUE ENCUENTRAN. SU OBJETIVO ES LA ZONA DEL “BETANIO, 65”, PERO NO TIENEN AGUA NI ALIMENTOS Y LO BUSCAN POR TODAS PARTES.

TENIENTE CARMINA DORADO Y OCHO MUCHACHAS MAS ESTAN EN GRAVE PELIGRO EN “VAN BUREN”. YO ME DIRIJO HACIA ALLI CON SIETE HELIREACTORES. ACUDA CUANTO ANTES.

MAYOR TRAVERS.

CAPÍTULO IV

LA teniente Carmina Dorado se acercó nuevamente a la ventana y miró hacia el exterior. Estuvo contemplando durante unos minutos lo que se ofrecía ante su vista y movió tristemente la cabeza.

—Acabarán matándose unos a otros—comentó, volviendo su cabeza hacia la sargento Fanny Thompson.

—¿Siguen rodeando el edificio?

—No. Se marchan, vuelven. Se ve que no saben lo que hacer. Ya han comprendido que aquí no hay nada que les pueda servir para matar el hambre o la sed. Por eso no intentan nada contra nosotras.

—Eso es menester, que no vuelvan a atacamos. Si lo hicieran otra vez no lo resistiría.

—Vamos, vamos, sargento. Hay que ser fuerte y tener ánimos—exhortó la teniente, un tanto impersonalmente. Luego, en un tono más confidencial, hasta cariñoso, añadió: —No desesperes, Fanny. Ya nos queda poco. Y lo peor ha pasado ya.

—Sí, tienes razón. Perdona mi debilidad. Pero es que el solo recuerdo de lo pasado, me pone los pelos de punta.

La teniente Carmina pasó su mano por el cabello de su subordinada. Aquella manifestación afectuosa tuvo el efecto de un sedante para la sargento, quien tomando aquella mano la apretó fuertemente sobre su corazón.

— ¡Qué buena eres, Camina! ¡Y qué entera! ¿Qué hubiera sido de nosotras sin ti?

Carmina Dorado recordó el encuentro con aquel grupo de muchachas, ahora hacía dos días. Los dos días más alucinantes que recordara de su carrera policial.

Todo había comenzado unas horas después de haberse descubierto la existencia del “Betanio, 65”.

Contra lo que creían el comandante Travers y sus hombres, el secreto que intentaban mantener, fue roto rápidamente. Deserciones de la policía, filtraciones en los servicios informativos y la deformación de la noticia al correr de boca en boca, habían producido una conmoción en todos los puestos coloniales de Sagitar.

En la “Central de Seguridad” se tuvo conocimiento de todo ello

hacia el mediodía siguiente al descubrimiento. El teniente Maxims, de guardia en aquel momento, fue advertido por uno de los radiotelegrafistas.

—Sería conveniente, señor, que se acercara a oír esta información—le invitó.

—¿Ocurre algo anormal?

—No sé qué decirle, pero esto no me gusta nada, señor.

El teniente fue escuchando las informaciones que el operador había ido grabando previsoramente en una cinta magnética.

— ¡Atención, Central! ¡Aquí puesto colonial B-54! Esta mañana han dejado de acudir al trabajo 60 personas. Muchos vecinos aseguran haberles visto partir de la localidad. Se desconoce su actual paradero.

Todos los demás informes eran similares. Unos denunciaban abandonos de trabajo en plena tarea, otros, fugas durante una conducción. Algunos partes informaban de que familias enteras habían abandonado sus lugares de residencia, incluso sus propiedades, para marchar en dirección desconocida.

Flotando en todos aquellos partes, en medio de toda aquella información, una misma palabra: "Betanio, 65."

El teniente Maxims había entrado de guardia tan sólo hacía unas horas.

Los acontecimientos de la noche anterior habían ocurrido estando franco de servicio. De ahí su extrañeza ante aquella avalancha de contrariedades.

—Pero, ¿qué pasa aquí, Dios mío? ¿Es que se han vuelto todos locos?

El radiotelegrafista le aclaró:

—Todos esos partes nombran algo sobre el "Betanio". Ese es el mineral que motivó el crimen de anoche.

—Por favor, acláreme bien eso del "Betanio" y el crimen—pidió el teniente—. Desde que he llegado aquí esta mañana no hago más que oír esa palabra.

El radiotelegrafista comprendió la perplejidad de su superior y le informó de todo lo ocurrido. Al acabar su relación, el teniente Maxims se llevó las manos a la cabeza.

— ¡Esto es más grave de lo que parece! ¡Hay que avisar inmediatamente al comandante Travers!

Con toda rapidez se dirigió hacia un mapa mural. Allí estaban señaladas todas las comarcas colonizadas de Sagitar. Cuadriculadas simétricamente, cada una de ellas aparecía con su sigla

correspondiente: una letra y el número de su orden.

— ¡Pronto, deme las siglas de todas esas comarcas! —pidió el teniente a uno de los agentes—. Es necesario localizar de dónde sale toda esa gente y hacía dónde se dirige.

El agente le fue facilitando la información requerida. Otro policía iba colocando banderitas en el mapa mural. Poco a poco se fue teniendo idea de la dirección que llevaba aquella marea humana.

Todas las indicaciones convergían en un punto: Orestes. La población en donde estaba enclavada la “Central de Seguridad”.

— ¡Vienen todos hacia aquí, teniente!—exclamó el agente que iba clavando las banderitas en el mapa.

— ¡Naturalmente! ¡Como que en esta comarca es donde se descubrió el “Betanio”!

El teniente Maxims contempló detenidamente el mapa. Una cosa le había llamado la atención. Para llegar a Orestes, los fugitivos sólo disponían de una carretera. Y aquella carretera pasaba antes por otra población.

—¿Cómo se llama ese núcleo urbano?—preguntó señalando su referencia en el mapa.

No hubo necesidad de que el policía encargado del plano le respondiera.

—¡Por favor, teniente, preste atención a este mensaje!—le informó el radiotelegrafista—. ¡Conecto la pantalla!

Todos los presentes pudieron oír por el altavoz y ver en la pantalla el relato del radiovisor de un puesto de policía.

— ¡Aquí, ciudad de Van Buren! ¡Aquí, puesto de seguridad de Van Buren! Centenares de personas: Hombres, mujeres y niños..., avanzan hacia este poblado. Ya han comenzado a llegar y están acaparando todos los víveres de la población. Hasta ahora no ha habido incidentes dignos de mención, pero es muy posible que los haya dentro de muy poco. ¡Atención, “Central de Seguridad”! Disponemos de pocos hombres para detener esta avalancha. Envíen refuerzos. La marea humana aumenta por momentos...

El teniente Maxims se abalanzó hacia el visófono interior y comenzó a dar órdenes.

—¡Atención, habla el teniente Maxims! ¡Todo el mundo preparado para salir hacia Van Buren al primer aviso! Avisen al comandante Travers donde quiera que esté. Llamen a todo el personal franco de servicio. Que se presente en este puesto de mando inmediatamente.

Dirigiéndose a uno de los agentes, el teniente Maxims preguntó:

—¿Y el capitán Thumba, saben dónde se encuentra?

—Antes de que llegara usted salió hacia el “Sector 15 — Comarca 54”. Es donde se ha descubierto el “Betanio”. Iban a detener al colono que mató al químico.

—Avísenle de lo que ocurre en Van Buren.

Al oír aquello, un nuevo agente que había entrado en aquel momento, preguntó a un compañero:

—¿Qué es lo que pasa en Van Buren?

Cuando recibió la respuesta, exclamó:

— ¡Atiza! ¡En Van Buren está la teniente Dorado con un grupo de chicas! Se marcharon de madrugada a hacer una encuesta social.

Así fue como la teniente Carmina Dorado y sus ocho compañeras se encontraban sitiadas en el Centro Social de Van Buren.

Podía decirse que en aquella localidad no quedaba nada útil. Ni alimentos sólidos, ni líquidos. Todo había sido agotado.

Van Buren, era una población de cien mil habitantes, nudo de comunicaciones y almacén de aprovisionamiento de una de las colonias más importantes de Sagitar. Pero a los dos días de iniciada la invasión, allí no quedaba nada.

La avalancha humana, había llegado por todos los medios. Turbomóviles, helitransportes, velomotores, todos sirvieron para acarrear gentes de toda raza y condición.

Los caminos se vieron taponados por aquella masa de vehículos y los que andaban a pie tuvieron que utilizar las superficies calcáreas, con sus protuberancias que hacían imposible el andar.

Pero todos seguían adelante. Una pasión les cegaba la consciencia ante las penalidades y sufrimientos: el “Betanio 65”.

Su objetivo era llegar cuanto antes a Orestes y comenzar a sacar el preciado mineral. Sin embargo nadie tenía la menor idea de cómo era, cómo se obtenía y mucho menos para qué servía.

Sólo sabían que el “Betanio 65”—para todos “Betanio” a secas—tenía mucho valor, que su posesión podía hacerles ricos. Y allá iban en pos de su fortuna.

Cuando hubieron acabado con todo, aquella masa casi enloquecida se dedicó al pillaje más desaforado. Las ocho muchachas y su teniente habían asistido a la policía local en todo lo que pudieron: funciones sanitarias, intendencia, alojamiento. Pero llegó un momento en que se hizo imposible el ir por las calles de Van Buren.

—Teniente Dorado—le había dicho el jefe de la policía local—. Me va a ser imposible prestarles más protección. Necesito todos los hombres para sofocar motines y evitar los incesantes crímenes que se cometen.

— ¿Y qué haremos nosotras, capitán?

—Creo que lo mejor sería que se refugiaran en el Centro Social. Es un edificio sólido y allí no las atacarán. Les facilitaré comida, agua y armas. Allí pueden estar seguras hasta que vengan desde Orestes por ustedes.

A las pocas horas de estar allí, habían llegado los refuerzos de Orestes, con el comandante Travers a la cabeza. Pero las muchachas no consintieron en ser evacuadas.

Carmina Dorado lo comunicó así al mayor Travers.

—No saldremos de aquí hasta que todo haya quedado claro.

—Pero, es que aquí metidas no podremos daros escolta

—Es lo mismo. Resistiremos como podamos. Pero ahora no podéis distraer ningún vehículo para nosotras. Todos los necesitáis para el servicio.

El mayor Travers sintió una gran satisfacción cuando oyó aquellas palabras. Había elegido bien la mujer de su corazón. Carmina Dorado no sólo era una gran mujer, sino que además tenía un alto sentido del deber.

Así fueron sucediéndose las horas hasta completar dos días de angustia.

Las turbas, controladas desde tierra y aire por la policía, fueron abandonando Van Buren, siguiendo su camino en busca de la meta soñada.

Una de las muchachas policías que permanecía asomada a la ventana, observó:

—Viene hacia aquí un helirreactor. Parece el del mayor Travers.

La teniente Dorado se abalanzó hacia el lugar que ocupaba la muchacha.

—¡Sí, es él! ¡Está aterrizando en la plaza! ¿Qué ocurrirá?

El aparato del comandante se posó frente al Centro Social. A poco aterrizó a su lado otro helirreactor. Una multitud de curiosos se aglomeró en torno a los dos aparatos. Los policías soltaron los chorros de vapor contra motines y los mantuvieron alejados de allí.

El mayor Travers, acompañado por el sargento Chenab, avanzó hacia el edificio. Carmina Dorado bajaba volando las escaleras hasta caer en brazos de su amado.

—¡Oh, Francis, qué alegría el verte!

—¿Cómo te encuentras, querida?

Rápidamente el comandante puso en conocimiento de su prometida el motivo de aquella visita. Debían evacuar Van Buren y concentrarse en el nuevo puesto de mando de la Central de Seguridad.

—Tampoco es Orestes, querida. Aquello está peor que esto todavía. Tus muchachas irán a Corday. Allí se reunirán con todas las fuerzas femeninas.

—¿Y yo, dónde iré?

—Tú vienes conmigo. Debemos partir inmediatamente en dirección al "Centro S-4". Desde allí prepararemos un plan para acabar con esta anarquía que domina a Sagitar.

* * *

El "Centro de Coordinación Espacial para Sagitar", más conocido como "Centro S-4", estaba regido por un Alto Comisario. Este cargo lo ostentaba en la actualidad un hombre de unos cuarenta años, Chou Lan, un chino de unas dotes diplomáticas extraordinarias.

Chou Lan tenía en gran estima al comandante Mayor Travers y el policía correspondía en igual estimación hacia el Comisario.

—El mayor Travers es el hombre que mejor conoce los problemas de Sagitar. No duden ustedes de que es el hombre ideal para controlar la situación que allí se ha producido.

Estas palabras las pronunciaba Chou Lan ante un atento auditorio compuesto por tres personalidades llegadas a la base espacial "Centro S-4" desde la Tierra, en un viaje ultrarrápido.

Aquellas personalidades eran los delegados de la "Agencia de Colonización y Desarrollo". El Gran Consejo de la "Agencia", en cuanto tuvo noticia de los acontecimientos del planeta Sagitar, envió a aquellos tres hombres a conocer de cerca la situación.

Y ahora se encontraban allí el negro africano Jules Pencha, el canadiense Roy Parker y el argentino Ricardo Gálvez. Los tres escuchaban atentamente las informaciones de Chou Lan.

-—Travers—prosiguió diciendo el oriental—tiene treinta años. Procede de los Estados Unidos y está en Sagitar desde hace diez años. Llegó de segundo teniente recién salido de la Academia y aquí ha hecho toda su carrera.

—Ciertamente es mucho tiempo de permanencia en ese planeta. Casi estará en él desde el principio de su colonización—comentó Jules Pencha.

—Puede decirse que él mismo fue uno de los primeros colonizadores. De aquella época sólo quedan el capitán Thumba y el sargento Chenab, sus dos hombres de confianza. Los tres iniciaron la organización de la policía, la distribución de los colonos, la sanidad... En una palabra, ellos vivificaron Sagitar.

El administrador de la “Agencia”, el argentino Gálvez, puntualizó interrogativamente.

—¿Todo eso en función policial?

El Alto Comisario sonrió al decir:

—Bueno, ya sabe usted que la policía de Sagitar no es una policía en el sentido terrícola de la palabra. Son los representantes más autorizados de la Tierra en aquellas latitudes. Constituyen la policía, el ejército, la organización, la sanidad...

—Comprendido—asintió el argentino—. Son la seguridad de Sagitar y sus habitantes, ¿no es eso?

—Ciertamente, señor Gálvez. Y el mayor Travers es el cerebro y el corazón de esa seguridad.

Las informaciones referentes al Jefe de policía de Sagitar tuvieron que darse prontamente por concluidas. El fonovisor del Alto Comisario anunció:

—Señor, ya han llegado el mayor Travers y sus acompañantes.

—Hágalos pasar inmediatamente—respondió Chou Lan. Y dirigiéndose a sus acompañantes, les comunicó: —Ahí tenemos a nuestro hombre.

Los viajeros de Sagitar fueron introducidos en el despacho del Alto Comisario.

Con el comandante Travers venían el capitán Thumba y la teniente Dorado. El sargento Chenab, que también formaba parte de la expedición, había quedado fuera en espera de órdenes.

— ¡Bienvenidos, amigos!—saludó con alborozo el Alto Comisario.

El chino estrechó cordialmente las manos del mayor y del capitán y se inclinó en una fina reverencia ante Carmina Dorado. A continuación presentó a los tres delegados de la “Agencia” terrestre.

El negro Jules Pencha, en su calidad de presidente del Gran Consejo, fue el encargado de hablar.

—Mayor Travers, sabemos la gran responsabilidad que sobre usted pesa en estos momentos. Sabemos también la gravedad de los acontecimientos de Sagitar. No hemos dudado en venir hasta aquí y arrancarle a usted del planeta en estos instantes, pese a su gravedad. Y ha sido así por una cosa: necesitamos saber la verdad

de los hechos, la realidad de los mismos, por dolorosos que sean.

—Son muy duros, señor Presidente, se lo garantizo.

—No lo dudamos un solo momento, comandante. Por eso estamos aquí. Para conocer los problemas y para una cosa más fundamental: para poner a su disposición los medios con qué resolverlos.

El comandante Travers notó cómo su rostro se iluminaba. Miró furtivamente a sus dos acompañantes y también vio en ellos un destello de complacida esperanza. Si aquella ayuda se producía todavía podrían salvar a Sagitar.

Travers miró al chino Chou Lan y éste afirmó:

—Sí, mayor Travers. En la “Agencia” están dispuestos a hacer todo lo necesario para acabar con los disturbios de Sagitar.

—Estamos a su disposición, comandante Travers —anunció Jules Pencha.

El jefe de policía interrogó a Chou Lan:

—¿Están preparadas las cosas?

-—Sí. Ahí al lado está todo dispuesto como usted indicó. Cuando quiera podemos empezar.

—Vamos, pues. No hay tiempo que perder.

A una invitación del Alto Comisario, los seis hombres y la mujer pasaron a la habitación de al lado.

Se trataba de un amplio local cuyas paredes estaban cubiertas con perspectivas fotográficas, planos y mapas de distintas regiones de Sagitar. En el centro habían colocado unas amplias mesas y sobre ellas veíanse grandes maquetas de otros aspectos de aquel planeta: poblaciones, bosques, campos de labor...

El mayor Travers inició inmediatamente su informe.

—Todo esto que aquí ven constituye la parte colonizada de Sagitar—comenzó diciendo. Señalando los núcleos urbanos, añadió: —Aquí se concentran los servicios: almacenes, sanidad, talleres, policía. En los núcleos urbanos se recibe todo lo que producen sus comarcas adscritas. Y de ellos sale lo que mantiene a los colonos.

Francis Travers siguió informando con palabra precisa sobre las características de vida y trabajo en Sagitar. Los representantes de la Tierra tuvieron en todo momento una idea exacta de cómo funcionaban las cosas en aquel planeta.

El jefe de policía precisó en un momento de su charla:

—-Todo esto, naturalmente, en unos momentos normales. Este equilibrio de hombros, trabajos, suministros y servicios no puede

romperse nunca violentamente. Cuando así sucede se produce un colapso en todo el planeta. Esto es lo que ha ocurrido ahora.

Todos los asistentes a la reunión estaban pendientes de las palabras del comandante. Cuando él calló se produjo un largo silencio que fue roto por el canadiense Roy Parker.

—Entonces, ¿ese equilibrio de que usted nos habla no existe actualmente?

—No. Esa es la tragedia de Sagitar. Al concentrarse una masa extraordinaria de gente sobre la zona de Orestes, abandonando sus zonas originarias, se ha creado esta angustiosa situación: en Orestes no hay nada para alimentar a toda esa masa. Pero hay más.

Allí no se trabaja, porque no se puede. Y en las zonas abandonadas, tampoco.

El comandante se detuvo y con palabra lenta acabó su informe.

—En Sagitar, la vida se ha paralizado. No es la muerte definitiva. Es un morir lento, que es necesario cortar si no queremos que se convierta en una muerte efectiva.

Los delegados de la Tierra acogieron las últimas palabras del mayor Travers con una visible consternación. El primero en reaccionar fue el presidente de la “Agencia”, Jules Pencha.

—¿Ha pensado usted, comandante, una fórmula para acabar con ese colapso?

—Sí. La he pensado detenidamente. Es una solución dura y costosa, pero es la única solución.

—¿Puede comunicárnosla ahora mismo?

—Naturalmente. Estoy a su entera disposición.

El presidente se dirigió a Chou Lan y le preguntó:

—¿Los servicios de transmisión están preparados para lanzar un largo mensaje a la Tierra?

—Sí, señor. Como ya pensábamos en esta posibilidad están apercibidos para esta tarea todos los enlaces hertzianos.

—Muy bien, Chou. Eso facilitará las cosas—y dirigiéndose a Travers, el negro continuó diciendo: — Mayor: en la Tierra están esperando su informe. En cuanto conozcan su plan, lo pondrán en marcha. ¿Está usted en condiciones de comunicarlo inmediatamente?

—En cuanto usted lo ordene, señor.

—Vamos, pues. El micrófono le está esperando.

CAPÍTULO V

EL grupo de periodistas, del que formaba parte Joe Staton, el comentarista del Canal X-56, hacía varias horas que se encontraba en una de las salas de espera del espaciopuerto “Mercurio 14”.

—Os advierto que me estoy cansando de estar aquí sin saber qué hacer.

El que había hablado, un tipo larguirucho, fotógrafo de la agencia “Mundus” de noticias, se levantó y se acercó al gran ventanal que comunicaba con las pistas.

—Aquí no se ve ningún movimiento—agregó—. Allá bajo está la astronave “Dulce Amanecer” más quieta que una marmota de sueño pesado.

—-No seas impaciente, muchacho—exclamó Joe Staton—. Ten en cuenta que no se prepara un viaje a Sagitar en un periquete.

Aquellos hombres estaban allí debido a una invitación que les había formulado la “Agencia” de Sagitar.

Joe Staton lo había pedido en nombre de todos.

—La verdad es, señores, que algunos de nosotros deberíamos desplazarnos hasta Sagitar para ver de cerca todo aquello y poder informar ampliamente de lo que allí ocurre.

El Gran Consejo de la “Agencia de Colonización y Desarrollo” había considerado aquella proposición. Y tras la aprobación por parte del Alto Comisario Chou Lan y el Comandante Travers, habían organizado la expedición.

La contestación no se hizo esperar. Williams, el jefe de Prensa de la “Agencia”, fue el encargado de dar la noticia.

—Pueden ustedes marchar a Sagitar en la primera expedición que se organice. Ahora bien, no podrán ir más de seis. El sistema de selección lo dejamos a criterio de ustedes.

Joe Staton, decano de los comentaristas, fue el primer elegido para el viaje. El resto de compañeros fue designado por sorteo entre los especialistas de todo tipo de información.

Aquella dilatada espera hacía que cundiera el nerviosismo entre los seis periodistas.

—Anda, Joe. ¿Por qué no averiguas qué es lo que pasa?

—Bueno—respondió el aludido—. Veré lo que se puede hacer.

Staton se aventuró por los corredores interiores de las oficinas intentando dar con el jefe de Prensa Williams.

El resto de compañeros tuvo pronto motivos para distraerse.

— ¡Eh, muchachos!—gritó el periodista larguirucho—. ¡Mirad lo que viene por ahí!

—¿Qué es lo que pasa?

Los otros cuatro periodistas se acercaron hasta donde estaba su compañero.

A través de los ventanales divisaron una gran muchedumbre que se agolpaba tras las verjas de la pista. Hacía mucho rato que se veía gente en aquel mismo lugar, pero ahora aquella masa humana aumentaba de una forma alarmante.

—Cada vez hay más gente ahí fuera. Y no parecen muy contentos.

La guardia que vigilaba aquel sector se dirigió a la muchedumbre y ésta comenzó a gritar.

—Esto no me gusta nada—comentó uno del grupo de Prensa.

El larguirucho había apercibido su máquina y comenzó a tirar placas.

—No sé, pero me parece que estas fotos van a valerme bastante dinero.

— ¡Ahí viene Staton!—comunicó alguien—. ¡A ver qué nos dice!

El comentarista del canal X-56 llegó hasta sus compañeros. Se le veía fuertemente preocupado.

—¿Qué ocurre, viejo?

—No sé. Me han dicho una cosa rara ahí dentro.

—¿Qué es ello?

—Dicen que el equipo de pilotos y de mando de la “Dulce Amanecer” no se le encuentra por ninguna parte. Al parecer ha sido secuestrado.

—¡Secuestrado! ¿Y a santo de qué?

Joe Staton amplió las noticias que sabía. Aquel secuestro estaba ligado con la aglomeración humana ante las verjas de la pista.

—¿Veis toda esa gente?—preguntó el recién llegado.

—Sí. Hace un momento nos hemos dado cuenta. Aumentan por momentos.

—Pues todos esos también quieren ir a Sagitar. Para eso están ahí.

La información de Staton dejó perplejos a sus compañeros.

—Pero, ¡eso es absurdo! ¿Cómo va a ir toda esa gente hasta allí? Complicaría más las cosas de Sagitar.

—Eso es lo que se teme.

El larguirucho, que no hacía otra cosa que tirar placas, observó algo excitado:

—Esa gente comienza a impacientarse. Me temo que de un momento a otro derribe esa valla metálica.

—¿Por qué no ponen más guardias? Esos que hay ahí no podrán detener ninguna avalancha como la que se prepara.

—No temáis. Esa valla está electrificada. En cuanto las cosas se pongan difíciles, comenzarán a soltar descargas y la gente se apartará de ahí.

Entonces ocurrió algo sorprendente.

Al final de los edificios del campo, de un pequeño hangar, salió un grupo de hombres. Eran veinte en total. Salieron corriendo y se dirigieron en dirección a la astronave "Dulce Amanecer".

—¡Mirad! ¡Ahí va el equipo de la astronave!

— ¡Eso es que han sido liberados!

— ¡Preparemos las cosas! ¡Nos llamarán de un momento a otro!

Los periodistas se precipitaron hacia el lugar donde habían dejado sus equipajes.

El último en hacerlo fue Joe Staton, quien murmuró:

—No sé. Todo esto es muy extraño.

— ¡Vamos, Joe, que te vas a quedar el último!

Los seis hombres se aproximaron a la puerta de salida. Hasta entonces había permanecido cerrada por un dispositivo electrónico. Uno de los periodistas la empujó, inútilmente.

— ¡Caramba! ¡Esto continúa cerrado!

Fuera, el grupo de los veinte hombres se aproximaba cada vez más a la astronave. Ahora se veía con detalle que iban equipados para un viaje interespacial. No cabía duda de que se acercaba a la "Dulce Amanecer" para hacerse cargo de ella.

Los altavoces de las dependencias interiores, anunciaron:

— ¡Atención, pasajeros de la "Dulce Amanecer"! No intenten salir a la pista, ni acercarse a la astronave. Se dirigen a ella un grupo de pilotos y técnicos piratas que quieren apropiarse de la astronave clandestinamente. Manténganse en su puesto para no sufrir ningún daño.

Los seis periodistas se quedaron mudos de asombro.

— ¡Esto es inaudito!

— ¡Si no lo viera, no lo creería!

A través de los ventanales llegó, algo amortiguado, el eco de los altavoces exteriores.

— ¡Atención! Retírense de la verja inmediatamente. Esa valla está electrificada y vamos a conectar la corriente dentro de diez segundos, nueve, ocho...

Al llegar a cero, un potente alarido se dejó oír a lo largo de la verja metálica. Pese a la fuerza de los que empujaban desde atrás, la muchedumbre se alejó unos centímetros de la barrera electrificada.

Los que ocupaban las primeras filas empujaron hacia atrás, huyendo de la electricidad. Sus esfuerzos no obtenían la distancia deseada y alguno que otro, al menor empujón, caía sobre la valla. Sus gritos quedaban prontamente sofocados por las mortales quemaduras.

Los altavoces del campo volvieron a dejarse oír. Esta vez dirigían las órdenes hacia el grupo que avanzaba sobre la astronave.

—¡Atención, comando pirata! Regresen a su punto de partida y entréguense a la fuerza del campo. Van a cometer un acto del que se arrepentirán toda su vida. La tropa del campo tiene orden de disparar sobre todo el grupo si avanza un paso más.

Los aludidos no hicieron el menor caso de las recomendaciones. Todo lo contrario. Echaron a correr desesperadamente tratando de alcanzar la astronave.

— ¡Fuego!—se oyó gritar por los altavoces.

Desde varios puntos del campo coincidían los disparos sobre el grupo pirata. Pese a la claridad del día veíanse los surcos rojos de las lenguas de fuego. La fuerza del campo perseguía a los fugitivos con nutridos disparos de ametralladoras térmicas,

Pero la reacción de los policías había llegado un poco tarde. Sobre el cemento del campo quedaron los cuerpos de cuatro hombres. El resto del grupo pirata ya estaba cerca de la astronave.

—¡Lo van a conseguir! ¡Esos tíos se hacen con el aparato!

—Sí. Llegarán hasta él, pero no podrán elevarse. Antes que pongan los motores en marcha los alcanzará la policía.

Entonces ocurrió algo sorprendente.

La muchedumbre, que a duras penas era contenida por el temor a la electrocución, cargó desesperadamente sobre la verja. El infernal grito de terror de los chamuscados, se juntó al alarido de júbilo de los de atrás.

La ingente fuerza desarrollada por aquella masa humana había logrado su objetivo. Un trozo de valla metálica había sido abatida y

por aquel boquete se precipitaban a docenas los asaltantes.

Ignorando a los que caían debajo, cruzaban ciegamente la demarcación del campo. A su lado, a sus pies, morían a montones. Pero los que salvaban el primer escollo corrían como desesperados hacia la astronave.

La policía, olvidó por irnos momentos a los técnicos piratas, y dirigió sus disparos sobre aquella muchedumbre.

— ¡Mirad allá, a la astronave! ¡Ya lo han conseguido!

—¡Todo el equipo ha subido al aparato! ¡Ahora sí que se escapan!

Joe Staton fue el primero del grupo que reaccionó.

— ¡Muchachos, eso va a salir sin nosotros! ¿A qué esperamos?

Los demás le miraron estupefactos.

—¿Qué quieres hacer, Staton?—preguntaron.

—Intentar salir de aquí a toda costa.

Y añadiendo la acción a la palabra, tomó uno de los sillones metálicos y lo lanzó contra los cristales del ventanal.

— ¡Venga, chicos! ¿A qué esperáis?

Sin saber a ciencia cierta por qué lo hacían, los demás le imitaron. A los pocos minutos la resistencia del cristal se vencía.

— ¡Vamos! ¡La “Dulce Amanecer” nos espera!

El veterano periodista rebuscó en su equipaje, tomó de allí un pequeño grabador-tomavistas y salió corriendo hacia la astronave.

—¿Dónde va ese loco?—oyó gritar tras de él.

Nadie de sus cinco compañeros siguió su desesperado ejemplo.

Pese a su edad, Joe Staton tenía buenas piernas. Lo demostró cumplidamente al ganar la astronave al mismo tiempo que los primeros que habían roto el cerco electrificado.

Toda la pista de despegue estaba medio ocupada por las turbas. Los más veloces se encaramaban para alcanzar las compuertas del aparato. Las luchas por conseguir introducirse en la astronave menudeaban.

Pronto comenzaron a notarse las bajas producidas por la codicia de lograr un puesto en el viaje a Sagitar.

Los periodistas que se habían quedado en tierra, contemplaban atónitos, la escena. El fotógrafo larguirucho y sus compañeros de la televisión, captaban en sus cámaras cuanto veían.

—¡Ya empieza a despegar!—exclamó uno de los informadores.

— ¡Esos de ahí debajo van a morir achicharrados! —comentó otro.

En su rampa de lanzamiento, la “Dulce Amanecer” comenzó a rugir. Sus toberas lanzaban chorros de fuego. Algunos de aquellos desgraciados fueron alcanzados y otros retrocedieron llenos de pánico.

La prisa por arrancar pronto de allí, hizo a los pilotos olvidarse las reglas del despegue de astronaves. Así, movida por violentos tirones, el aparato tomó altura. Aumentó la presión del fuego de sus toberas y se perdió raudamente en el infinito.

Las turbas fueron retrocediendo, asustadas ahora por su osadía. En previsión de que la policía arremetiera contra ellas, abandonaron el campo de aterrizaje.

Los periodistas también iniciaron su marcha.

Antes de salir, el tenaz fotógrafo lanzó una última placa.

En ella se vería más tarde una amplia pista del espaciopuerto “Mercurio 14”, una valla metálica rota y docenas y docenas de cuerpos humanos inanimados.

Y surcando el espacio, una astronave pirata en vuelo hacia el planeta Sagitar.

* * *

Cuando se hizo la luz en la salita de proyecciones, un murmullo de voces se elevó de entre los presentes.

Sentados en unas cómodas butacas, los miembros de la Agencia de Colonización y Desarrollo habían asistido a la proyección de una película. A través de sus imágenes se habían apercibido de una forma real de lo ocurrido en el espaciopuerto “Mercurio 14” y del robo de la astronave “Dulce Amanecer”.

— ¡Es horrible! ¡Francamente incomprensible!

Los comentarios de los reunidos fueron todos similares. Aquello era una cosa inconcebible y nadie se explicaba cómo había podido ocurrir.

—¿Cómo ha conseguido esta película, Williams? —preguntó Jules Pencha, el presidente del 'Gran Consejo.

—En una de las terrazas del edificio había dispuesta una máquina tomavistas.

—¿Quién la previno allí?

—Uno de los operadores que no debía ir a Sagitar, quiso filmar la partida de sus compañeros. Así pudo tomar todo lo ocurrido.

—Y también la partida de un compañero, no lo olvide.

—Tiene razón, señor—comentó Williams—. ¡Jamás hubiera creído capaz a Joe Staton de una cosa semejante!

—Al menos tenemos allí a alguien que nos podrá contar lo que ocurra..., si es que puede.

Tras este comentario, Jules Pencha invitó a sus compañeros a pasar a su despacho. Deberían ocuparse inmediatamente de muchas cosas, además de advertir a las bases espaciales de la marcha de “Dulce Amanecer”.

El presidente Pencha, junto a sus compañeros Parker y Gálvez, hacía unas horas que habían llegado a la Tierra.

Un vuelo ultrarrápido los había traído del “Centro S-4” para controlar desde la “Agencia” el envío de todo lo que necesitaba el mayor Travers para su plan de operaciones.

—¿Ya ha comenzado el envío de pertrechos?—preguntó el presidente.

—Sí, señor. En cuanto recibimos el primer mensaje del mayor Travers nos aprestamos a enviar lo que ya obraba a nuestra disposición.

—Entonces, ¿no podemos disponer de todo lo necesario?

—Ahora ya podemos decir que sí. Pero, en aquellos momentos, no podíamos hacerlo.

—¿Cómo fue eso?—quiso saber el administrador Gálvez.

El canadiense George Carman, que se había quedado al frente de la “Agencia” tras la marcha del triunvirato directivo, informó a sus compañeros:

—Verán ustedes. Cuando conversamos a través del éter con el mayor Travers y con ustedes, estaba junto a nosotros el general Peters.

—¿El general Peters? ¡Eso es muy importante, Carman!

—Sí lo es, señor presidente. En aquella ocasión lo fue de una forma definitiva. El general no perdió detalle de toda la información. El plan de Travers le entusiasmó. Lo encontró de una oportunidad y una precisión fantástica. ¿No es cierto?

El canadiense hizo partícipe a sus compañeros de equipo de aquella impresión. El francés Morin respondió:

—Efectivamente. Unos momentos después, delante de nosotros, el general llamó a su jefe de Estado Mayor y le planteó la situación. Le ordenó que dispusiera de aquel plan de campaña como cosa propia para prever todo el armamento y utillaje más moderno que hubiese en el parque del Ejército combinado.

Los rostros de los tres expedicionarios se fueron animando a medida que escuchaban las noticias que les proporcionaban sus compañeros.

Según éstas, ya estaban camino de Sagitar los primeros envíos de la “Operación Celacanto”, como había sido bautizada la recuperación de las tierras de aquel planeta.

Las armas más modernas, los ingenios bélicos de más reciente invención y fabricación iban a ser empleados en aquella operación. Junto a esto, grandes contingentes de novísimos alimentos, vehículos y maquinaria serían remitidos rumbo a Sagitar.

—El comandante mayor Travers—concluyó diciendo George Carman—, va a disponer de unos elementos tácticos, estratégicos y logísticos de tal naturaleza que le permitirán realizar a plena satisfacción todo su magnífico plan de operaciones.

El presidente Jules Pencha sonrió al comentar.

—Podemos decir, pues, que el mayor Travers ha ideado un plan estupendo, pero que va a contar con unos medios más estupendos todavía.

—Así es, señor.

Todo lo que habían comentado era motivo de satisfacción y el equipo directivo de la “Agencia de Colonización y Desarrollo” para Sagitar así lo entendía. El optimismo volvió de nuevo a animar a todos aquellos hombres.

Pero aquello debía de durar poco.

Tras solicitar permiso para entrar en el despacho, un oficial de los servicios de radio comunicó que ya se había establecido contacto con la primera base de la cadena de Sagitar.

—El “Centro S-l”, señor—informó el oficial—, no ha podido detener a la “Dulce Amanecer”.

—¿Cómo ha sido eso?

—Cuando ha llegado nuestra información, la astronave ya había repostado y proseguía su camino hacia Sagitar.

—-Pero, ¿quién les ha mandado que hicieran eso? —tronó uno de los delegados del Gran Consejo.

—Perdone, señor, pero en el “Centro S-l tenían orden de repostar a la “Dulce Amanecer” en cuanto arribara. No sabían más...

—Está todo claro, no se esfuerce—tranquilizó el presidente, agregando: —Ahora lo que conviene hacer es comunicar inmediatamente con el mayor Travers. Debe de saber cuanto antes todo lo ocurrido.

A los pocos minutos se logró establecer comunicación con el jefe

de seguridad de Sagitar. Este se encontraba en la base “Centro S-4”, donde había establecido su Cuartel General.

Puesto en antecedentes sobre todos los incidentes, la serenidad del comandante tranquilizó los ánimos de todos.

—No teman nada, señores. Mientras esa astronave navegue por el espacio no hay nada que temer.

—Entonces, ¿usted cree que no hay peligro?

—No diría yo tanto, señor. Pero es un peligro mínimo. Todo consiste en disponer las medidas necesarias para que no ocurra nada.

—¿Qué medidas cree usted que deben tomarse, mayor?

—Ante todo, procurar que lo ocurrido no vuelva a repetirse. Guarden bajo siete llaves todas las astronaves durante quince días. Vigilen bien todos los espaciopuertos. Alejen de ellos a todos los que merodeen por allí. De la Tierra no debe de salir hacia acá ningún hombre que no esté debidamente controlado. ¿Estamos conformes?

—Sí, completamente de acuerdo—respondió el presidente—. Pero, esa astronave, la “Dulce Amanecer”. ¿Qué va a ocurrir con ella?

—Le repito que eso no tiene importancia.

—Pero, es que va toda llena de gente. Son cientos y cientos de piratas...

—No se preocupe, señor. Ustedes procuren que desde la Tierra no salga nadie más. Yo me ocuparé de la “Dulce Amanecer”.

Y tras estas palabras del mayor Travers, la comunicación con el “Centro S-4” quedó interrumpida.

Los presentes no sabían si aquello obedecía a que el comandante había dado por acabada la conversación o que las comunicaciones habían sido cortadas.

CAPÍTULO VI

HACÍA un buen rato que había comenzado a amanecer.

Conforme las tinieblas iban desapareciendo, la luminosidad iba recortando sobre el infinito los bultos de los que ocupaban la tierra. Aquí y allá yacían en el suelo seres inconscientes por el sueño.

La quietud fue rota por un zumbido que llegaba de lo alto. Un zumbido invisible que aumentaba en intensidad.

Alguien se apercibió el primero y preguntó a su vecino:

—¿Oyes un ruido extraño?

—Sí, parece que venga de allá arriba. ¿Qué será?

Los dos hombres escudriñaron el espacio. El que había hablado primero avisó nerviosamente a los otros.

—¡Mirad por allá! ¡Vienen hacia nosotros!

Las voces fueron despertando a más gente. Todos levantaban las cabezas, siguiendo la dirección del zumbido. Y todos vieron lo que avanzaba hacia ellos.

Una voz exclamó en tono fatalista:

—Me parece que ha acabado nuestra aventura.

Aquel criterio fue compartido prontamente por muchos de los que acampaban en aquel sector, equidistante de los poblados de Orestes y Van Buren. Una masa de gentes de todas clases y procedencias que se había extenuado en una caminata cada vez más dificultosa.

Sí, era cierto. Lo que surcaba el espacio en aquellos momentos, produciendo aquel zumbido infernal, marcaba el fin de aquella loca aventura en pos del “Betanio, 65”.

Hasta aquel momento las fuerzas policíacas del mayor Travers se habían limitado a una tarea de contención. Aquel desbordamiento que había anegado las tierras y caminos de Sagitar no podía ser liquidado rápidamente. Era un problema de tiempo y sobre todo, era un problema de medios técnicos.

Y medios técnicos aptos para aquella tarea no los tenía a su disposición el mayor Travers. Al menos no los había tenido hasta aquel momento.

El mismo lo había comentado en las órdenes que dirigió a sus subordinados.

—Hasta que no recibamos los refuerzos prometidos desde la Tierra, no podemos vencer estas dificultades. No nos queda otra

alternativa que contener esta avalancha como buenamente podamos.

—Pero algo habrá que hacer, comandante—había apuntado el capitán Thumba—. Estas gentes son una constante amenaza.

—Ya lo sé, capitán. Por eso es necesario vigilarlas. Controlar todos sus movimientos. Y sobre todo, alejarlas de las carreteras y caminos.

—Entonces irán a parar a los campos.

—Eso es lo que pretendo. Dificultarles los movimientos. Hacer que huyan de nosotros y que tropiecen con los bultos calcáreos. Ellos les impedirán seguir su marcha. Que se agoten y caigan rendidos. Así no podrán hacer daño.

Aquella táctica, había dado resultado.

Después de varios días de andar y más andar, aquellas gentes aparecían casi extenuadas, medio indefensas ante lo que se avecinaba.

Pero no todos estaban agotados.

Como en toda aglomeración humana, en aquella también existían los avispados, las personas sin escrúpulos que no padecían la más mínima necesidad. Gentes que sabían acaparar el agua, los alimentos, las medicinas. No conocían las privaciones y estaban en pleno uso de todo su vigor físico.

Aquella fuerza y las armas que habían ido requisando a su paso por las poblaciones les daban la hegemonía en todos los grupos. Eran los mandones de aquella comunidad medio enloquecida que hacía días había perdido el control de sus conciencias.

Estos hombres fueron los primeros en apercibirse del peligro que se les venía encima.

Cuando las últimas nubes oscuras se disiparon y dejaron ver claramente el infinito, todos pudieron conocer la procedencia del zumbido intenso que martilleaba sus oídos.

Tres astronaves gigantescas se destacaban en lo alto. Sus destellos metálicos casi deslumbraban a quienes les dirigían sus atónitas miradas. Sin embargo, la altura a que volaban era enorme.

— ¡Dios mío, qué va a ser de nosotros ahora!

La mujer que había hablado, atrajo hacia sí a una niña pequeña y cayó de rodillas. Sin duda alguna para rezar mejor.

Un murmullo de inquietud comenzó a dejarse sentir en medio de aquella muchedumbre.

—¡Callaos, cobardes! ¿Qué teméis de una cosa que marcha tan alta!—exclamó, lleno de rabia uno de los hombres armados—.

¡Pasarán de largo, ya veréis!

Las tres astronaves no pasaron de largo. Evolucionaron unos kilómetros más arriba y fueron describiendo círculos sin perder altura.

Parecía como si la intención de sus conductores fuera el que se las pudiera ver en toda su majestuosidad. O bien, como prudentemente comentó un miedoso:

—Están buscando un sitio para aterrizar.

Pronto pudieron salir de dudas. Unos helirreactores de la policía recorrieron los campos ocupados por aquellas gentes.

Desde abajo salieron unos disparos de rayos térmicos buscando la panza de los aparatos. Estos soltaron sus chorros de vapor que situaron a la gente a una distancia prudencial. Al mismo tiempo se elevaron para colocarse fuera del alcance de los rayos.

Entonces fue cuando oyeron las órdenes.

—Amigos: Ha llegado el final de vuestra aventura. Todo el mundo debe quedarse donde está en este mismo instante. Dentro de poco comenzaremos a organizar la evacuación de estas tierras. Cada cual debe volver a sus hogares abandonados. No ofrezcáis resistencia, obedeced las órdenes que se os den y todo irá bien.

—¡Eh, no hagáis caso! ¿Qué es lo que quiere esa gente? ¡No pueden con nosotros!

Las palabras de uno de los matones quedaron pronto contestadas desde el helirreactor de órdenes.

— ¡Todos aquellos que desobedezcan serán sancionados con todo rigor!

Los helirreactores siguieron evolucionando a lo largo y ancho de toda aquella comarca. Por todas partes donde se aglomeraba la gente, iba repitiendo sus consejos.

Quienes las escuchaban reaccionaban de muy diversa manera. Pero todos eran azuzados prontamente a la rebeldía por los matones que dirigían cada uno de aquellos grupos.

—¡No temáis nada!—gritaban a los más asustados—. Nos necesitan y no pueden hacemos daño. Si nos hacemos fuertes, llegaremos hasta las minas y nos haremos ricos.

— ¡No, no! Este es el final de nuestra aventura —replicaban los más conscientes del peligro.

Y las mujeres, comentaban temerosamente:

—Nunca debimos abandonar nuestras casas. ¿Qué será de nosotros ahora?

Cuando los helirreactores regresaron al puesto de mando dieron cuenta de lo que habían visto.

El mayor Travers, instalado en el aeromóvil radio-emisor, escuchó el informe del sargento Chenab.

—La gente está asustada, señor. En general está deseando el regresar a sus hogares. Pero los matones, bien cebados y bien armados, están dispuestos a no hacer fácil nuestra tarea.

—No importa, sargento. Esa gente no tiene la menor idea de lo que se les viene encima.

—Por lo menos, ya están advertidos.

En aquel momento el operador de la radioemisora avisó al comandante.

— ¡Mayor Travers, llaman desde la astronave almirante!

— ¡Aquí, Travers!—habló éste ante el micrófono.

— ¡Atención, comandante-jefe!—se oyó decir a la voz que procedía de la astronave—. ¡Estamos preparados para iniciar la operación cuando usted ordene!

A estas palabras siguió un extenso diálogo entre los dos jefes militares. A través de él se fueron perfilando los pormenores de la “Operación Celacanto”, cuya trascendencia era advertida por todos los presentes a medida que iban escuchando la envergadura de los movimientos tácticos y estratégicos de la misma.

Tras una hora larga de conversaciones, el jefe de la expedición espacial acabó con estas palabras:

—Completamente de acuerdo, mayor Travers. Ahora sólo nos queda esperar sus órdenes. No olvide que usted es el que dirige toda la operación. ¡Hasta pronto!

El comandante Francis Travers sonrió al escuchar aquellas palabras.

— ¡Hasta pronto!—respondió a su vez.

Y dirigiéndose al operador de la radioemisora, pidió:

—¡Conécteme con todos los puestos, por favor!

— ¡A la orden!

Mientras el radio-operador establecía las conexiones, el mayor Travers se dirigió al sargento Chenab.

—Sargento, convendría que se dirigiera usted a su posición. Dentro de irnos minutos voy a impartir las órdenes de alerta y quiero que usted esté al frente de sus hombres.

—Como usted mande, señor.

El-comandante añadió en un tono más confidencial.

—Chenab, quiero que recuerde que su puesto es uno de los de mayor responsabilidad. Confió plenamente en usted.

—Muchas gracias, señor.

—¡Buena suerte!

— ¡A sus órdenes!

El sargento se alejó de allí y saltó a uno de los helirreactores, que se elevó a toda velocidad.

Cuando el aparato se perdió de vista, el comandante mayor Travers tomó el micrófono que le tendía el radio-operador y comenzó a hablar a sus tropas:

—¡Atención, os habla el comandante Travers!

Quiero alertaros para el comienzo de la "Operación Celacanto". Como sabéis, el objetivo de esta operación es devolver al planeta Sagitar la paz de que gozaba antes del descubrimiento del "Betanio, 65". Hemos de lograr que todos los desplazados vuelvan a sus hogares y que la actividad se reanude en todos los sectores de este planeta.

Tras una breve pausa, el mayor Travers prosiguió:

—En auxilio de esta tarea nos han llegado desde la Tierra valiosísimos refuerzos. Estos operarán desde el aire. No olvidemos que nosotros, desde aquí, no sólo hemos de dirigir todas las operaciones y movimientos, sino que hemos de realizar las tareas más difíciles, por duras y arriesgadas que éstas sean. Repasad todos los efectivos, poned a punto todas las disposiciones y que cada cual cumpla con su obligación de la forma más decidida y valerosa.

Aquella breve arenga era largo tiempo esperada por todas las fuerzas policiales de Sagitar.

Como muy bien había dicho un día el Alto Comisario, Chou Lan, estas fuerzas, más que policíacas en un sentido estricto de la palabra, eran las regidoras de toda la seguridad de las gentes de Sagitar.

El régimen excepcional que, con los desplazamientos humanos se había producido, acentuaba todavía más el carácter múltiple de las actividades de las fuerzas de policía.

Ahora, llegado el momento de la acción, los dispositivos organizados en los días anteriores, recibían el último repaso.

El sargento Chenab estaba al frente de la organización de los abastecimientos. Estos habían de ser recibidos de las astronaves, almacenados convenientemente y distribuidos de una forma racional y efectiva.

—Toda esa gente está depauperada, muchachos —había

comentado el sargento hindú con sus hombres—. Si los dejásemos, acabarían con todo en un solo día. Hay que ir racionándoles la comida para que no les perjudique. Y el agua, y los líquidos, todo.

—Sargento, no todos están depauperados—había comentado uno de los agentes—. He visto muchos hombres armados y con buena apariencia. Esos tipos nos darán que hacer.

—No lo creas. Ya se ocuparán de ellos desde el aire. Hay que estar alerta y descubrir dónde se esconden. En cuanto los de arriba tengan la referencia no nos darán guerra.

—En ese caso, todo irá bien. El que tiene hambre, sólo piensa en comer. Y a cambio de eso, va donde le mandes.

Estas juiciosas palabras, dichas por el mismo agente, dieron por finalizado el repaso de actividades. El puesto de abastecimiento del sargento Chenab estaba alerta. Sólo esperaba la orden de ponerse en movimiento.

Una de las actividades más delicadas de la "Operación Celacanto" era la que había sido asignada a la teniente Carmina Dorado.

—Nuestra misión es clasificar a toda esa gente que anda desperdigada por esos campos—había indicado a las veinte muchachas que trabajaban a sus órdenes.

La cara de asombro de sus subordinadas la había alarmado.

—¿Qué os pasa? ¿Estáis asustadas por esa tarea?

—Creo que sí—respondió una de ellas—. Esa gente es una rebelde. Están todos medio locos por la sed y el hambre. Recuerdo cuando nos sitiaron en Van Buren. ¡Fue horrible! ¿Cómo vamos a poder hacer nuestro trabajo?

—No os preocupéis por eso. Cuando esos hombres, esas mujeres o esos niños lleguen hasta nosotros, no serán tan peligrosos.

—¿Cómo lo vamos a conseguir?

—No seremos nosotras, naturalmente, las que nos ocuparemos de eso. Ya se encargarán las tropas aerotransportadas con sus nuevas armas. Nosotros sólo tenemos que interrogarles, hacerles una ficha con sus datos personales y su procedencia, y destinarles al sector que ocuparán hasta su reincorporación a la comarca de origen.

La teniente Dorado se quedó contemplando a las muchachas que trabajaban a sus órdenes. Parecían ahora más conformadas con su tarea.

—¿Estáis más tranquilas ahora?

Carmina, ante el silencio, interpretó una positiva conformidad.

Dirigió la vista a una pareja de jóvenes que permanecían separados unos metros del lugar de la reunión y les hizo una seña para que se acercaran.

—En nuestra tarea nos ayudarán estos dos amigos. Como sabéis se reincorporaron anoche a nuestras fuerzas. Ella es Fedala, una muchacha árabe, que ha perdido a sus padres en las refriegas de Van Buren.

Al decir esto, tomó entre sus manos las de la joven.

Fedala tendría unos veinte años. Su rostro era de una belleza notable, destacando sobremanera sus ojos, grandes y profundos. Bajo la indumentaria común a las mujeres de Sagitar—el "mono" de plástico—, se adivinaba un cuerpo de formas armoniosas.

Carmina Dorado prosiguió con las presentaciones.

—Y este es Dao Lee, de origen chino. Quiso correr, como todos, la aventura del "Betanio", pero se dio cuenta a tiempo de que esto era una locura.

Dao Lee se acercó al lado de Fedala. Haciendo una profunda inclinación, saludó al resto de las muchachas policías.

Era un muchacho alto y delgado. Manifestaba tener unos veintidós años y sus rasgos orientales eran muy suaves y occidentalizados.

La pareja había llegado la noche anterior al puesto avanzado de la policía. El mayor Travers y la teniente Dorado estaban allí, charlando y descansando de las fatigas del día.

Ella recordaba ahora claramente cuando uno de los agentes se presentó con los dos jóvenes.

—Los he encontrado cerca del camino. Iban arrastrándose por el suelo llenos de miedo. No han ofrecido la más mínima resistencia.

—Así es, señor. Queremos estar con ustedes, que nos lleven a nuestras casas—había dicho entre sollozos, Fedala.

El chinito había contado más serenamente su odisea.

—Hace dos días que pensamos fugarnos, pero los hombres armados no dejan moverse a nadie. Esta noche estábamos dispuestos a intentarlo por encima de todo. Nos hemos arrastrado durante más de cuatro horas hasta llegar a este centinela.

El chinito había mirado con arrobamiento a Fedala, agregando:

—No tiene a nadie en el mundo, señor. Yo quiero cuidar de ella. Envíennos a mi comarca y nos casaremos. Trabajaré mucho y seremos felices.

Pese a su color, el rostro de Fedala delató su rubor. El mayor Francis Travers y su prometida, la teniente Dorado, cambiaron una

mirada enternecida.

Por la mente de ambos cruzó un mismo pensamiento. Si ellos pudieran hacer lo mismo, así tan sencillamente. Para ellos no había tregua. Mientras subsistieran aquellas dramáticas circunstancias no habría sitio para su amor.

Travers buscó la mano de su novia y por un momento el puesto avanzado de policía se convirtió en el escenario de dos tiernos idilios.

La teniente sacudió la cabeza para disipar el sentimental recuerdo. Contemplando nuevamente a la pareja, añadió:

—Fedala y Dao Lee conocen a mucha de la gente que acampa por ahí. Han convivido con ellos durante varios días y su auxilio nos será muy útil.

Y a continuación se iniciaron los preparativos de todos los trabajos que debían ocupar al grupo femenino.

Un poco más allá, como una avanzada de protección para las féminas, estaban los comandos del teniente Maxims.

Aquellos eran los hombres de acción, dispuestos a todo. Su misión era la de adentrarse en el terreno ocupado por los desplazados. Una vez allí obligarles a dirigirse a los centros de clasificación.

—Sé que es mucho riesgo, pero hemos de hacerlo. Esa es nuestra misión, muchachos.

Las palabras del teniente Maxims habían galvanizado a sus hombres.

—Lo peor son esos matones armados. Esos fusiles y pistolas de rayos térmicos nos darán que hacer, ¿no cree, teniente?

—Puede ser. Pero, tened en cuenta que no vamos a adentramos por ahí a pecho descubierto. Tenemos los aeromóviles y sus lanzagases y vapores. Y además...

—¿Alguna sorpresa, teniente?

—Puede que del cielo nos caiga algo bueno.

— ¡Hurra...! ¡No hay que preocuparse, amigo!

Los gritos de júbilo de aquellos comandos daban idea del espíritu que animaba a sus hombres.

Todo estaba, pues, a punto. La orden de alerta se había cumplido por todas las fuerzas. Ahora sólo cabía esperar el comienzo de las operaciones.

Y esa palabra sólo podía pronunciarla una persona: El comandante mayor Francis Travers.

Y la pronunció.

En cuanto recibió la confirmación de todos los puestos, Francis Travers tendió la mano al radio- operador en demanda del micrófono.

—¿Está todo a punto?

— ¡Sí, señor! Están conectados los circuitos de los puestos y la Onda de la astronave almirante.

— ¡Gracias!

Con la voz velada por la emoción, el mayor fue diciendo:

—Amigos, ha llegado el momento. ¡Que el Señor guíe nuestros pasos! ¡Adelante!

Las gentes que acampaban por todos aquellos campos no habían escuchado las palabras del comandante Travers. Desde que les habían hablado por medio de los helirreactores, un silencio espeso se había apoderado de todas aquellas comarcas.

Tan sólo el zumbido de las astronaves rompía aquella monotonía. Pero hasta a eso se iban acostumbrando.

Por eso fue mayor la sorpresa.

Al principio fue como un chasquido, luego fueron varios silbidos muy agudos y continuados. Y cuando éstos aumentaron en intensidad y todos levantaron las cabezas, ya los tenían encima.

Las grandes astronaves habían abierto sus compuertas y desde su interior surcaron los aires varias docenas de astronaves más pequeñas.

Corrían en todas direcciones como si no encontraran el rumbo. Pero en un momento determinado, todas supieron encontrarlo. Situándose en los puntos estratégicos y a una altura perfectamente calculada, cada pequeña astronave dominaba totalmente un amplio sector de terreno. Y entre todas, cuanto abarcaba la visión humana y un poco más.

Simultáneamente a la aparición de las astronaves menores, las panzas de los monstruos del espacio fueron arrojando centenares de paracaídas.

Cuando caían lentamente hacia los puntos señalados de antemano, lejos de donde acampaban los desplazados, éstos gritaron:

— ¡Son víveres! ¡Estamos salvados!

Algunos matones, más osados, intentaron correr hasta donde caían los bultos.

— ¡Vamos, muchachos! ¡Cojámoslos antes de que lleguen los

“polis”!

Su carrera se vio frenada por el alarido de los más avanzados.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no corréis?—preguntó uno de los rezagados.

— ¡No paséis! ¡Eso está ardiendo! ¡Me he quemado!

Al decir esto, señalaba sus manos y sus piernas. Estaban chamuscadas.

Otro que intentó avanzar, saltó hacia atrás lanzando un grito de dolor.

La suerte se repitió en varios puntos del campo. Aquí y allá se oían gritos de dolor, de rabia y de horror. Y siguiendo la línea de todos se comprobaba que un invisible cerco de fuego rodeaba toda la extensión ocupada por los desplazados, impidiéndoles todo movimiento.

La “Operación Celacanto” había comenzado.

CAPÍTULO VII

EL periodista Joe Staton sacó el pequeño carrete de cinta magnética de la recámara de su aparato grabador y lo encerró dentro de una cajita metálica. La precintó con una cinta adhesiva y en una de las superficies escribió: CANAL DE TV, X-56. “URGENTE”.

—¿Y ahora qué vas a hacer con eso?

—Esperar la ocasión de que toquemos en algún punto para repostar.

—¿Esperas que te dejen bajar?

—No lo creo. Pero, es lo mismo.

—¿Por qué?

—Si llegamos a alguna base espacial, con sólo dejar caer esta cajita será suficiente.

—Comprendo. No está mal pensado.

—El que había hablado, un muchacho joven que no se separaba de Joe Staton desde que éste subió a bordo de la “Dulce Amanecer”, todavía preguntó:

—Supongo que ahí habrás dicho todo lo que pasa, ¿no?

—Ahí, como tú dices, he dicho lo que he creído conveniente. Y esto es lo que a ti, no te conviene decir a nadie.

—No tema—afirmó el muchacho con convicción—. Por mí nada se sabrá.

Joe Staton abrió la cremallera de un bolsillo de su traje espacial y escondió en la ranura la cajita metálica. Abrió la puerta de su compartimiento y miró a derecha e izquierda por ver si se veía a alguien.

—Vamos, Marcelo. Por esta vez tenemos suerte.

Los dos hombres salieron apresuradamente al corredor. Cada uno de ellos marchó en dirección distinta. Y al poco rato se confundían entre los numerosos corrillos que se formaban en las salas y pasillos de la “Dulce Amanecer”.

Desde su fuga de la Tierra, Staton había aprovechado bien el tiempo.

Con su pequeña cámara grabadora y filmadora en ristre, había captado aquel sensacional despegue del espaciopuerto.

Mientras la fuerza de seguridad del campo descargaba

inútilmente sus cañones térmicos contra astronaves, en el interior de aquel gigantón de los espacios reinaba el más disparatado de los barullos.

— ¿Por qué nos hemos marchado tan pronto? Aún quedan muchos ahí abajo—oyó decir a su lado.

— ¡Calla, insensato! ¿Qué quieres, que suban todos ésos? ¡Nos ahogaríamos todos aquí dentro!

Un poco más allá se oyó sollozar a un rapazuelo.

—-¡Abran, abran esta puerta! ¡Mi padre ha quedado fuera! ¡Yo quiero ir con mi padre!

Escenas como aquéllas se fueron sucediendo hasta que la astronave cobró altura y ya no se veían los miles y miles de personas que quedaron allá abajo con su loca ilusión truncada. O sin vida.

La realidad llegó a todos de una forma brutal.

Entre los diez técnicos de a bordo que habían robado la astronave, uno de ellos, Martin Ratam, no se distinguía por su piedad.

Con una habilidad extraordinaria supo escoger de entre todos a los hombres más depravados y de rostro más patibulario. Los llevó hasta el armero de la “Dulce Amanecer” y les dijo:

—Aquí tenéis estas armas. Cada tiro de una de estas pistolas, puede dejar fuera de combate a un hombre. Cada disparo de uno de estas metralletas le carboniza.

—Pero, eso ¿lo podemos hacer nosotros?

—Sí. Yo, como el oficial más viejo de la astronave, puedo nombrar los cargos que necesite. Os nombro policías de a bordo y os doy esta orden: a todo aquel que no se someta, le disparáis sin piedad.

Así fue como aquel grupo de facinerosos se adueñó de la “Dulce Amanecer”.

La astronave estaba dividida en tres plantas. En la del centro estaban instaladas las dependencias del mando, controles y señales. En la planta superior se ubicaban los grandes compartimientos de equipajes y alojamientos. En la inferior, estaban situadas las armas y las pequeñas astronaves de emergencia.

En la planta superior fueren situados la mayoría de pasajeros. En la central, junto a los técnicos, se alojaron sus guardias de “corps” y algunos distinguidos, como Joe Staton.

En la planta inferior no se puso a nadie. Sus accesos fueron precintados y una guardia permanente impedía el paso en todo

momento.

Joe Staton se había dado a conocer a los mandos en cuanto hubo la más mínima organización.

Su presencia no fue muy bien acogida por Martin Ratam.

—¿Qué falta nos hace entre nosotros un periodista? Luego irá contando a todos lo que haya visto aquí.

Esta opinión, expuesta ante sus propios compañeros, fue más contundente todavía con el propio Staton.

El informador de la TV-Canal X-56, se encontraba en el puesto de mando. Había ido allí con una petición.

—He oído decir que vamos a repostar en una base espacial. ¿Es cierto?

—Sí, puede ser. ¿Por qué lo pregunta?

—Desearía establecer contacto con la Tierra...

—Pero, ¡eso es imposible! —chilló Martin Ratam—. ¿Qué quiere usted decir a la Tierra?

—Ya sabe que soy periodista. Me agradaría poder enviar una información. Ustedes mismos pueden oírla. La traigo aquí.

El que se había erigido en jefe se abalanzó sobre Staton. Este quiso evitar que le robaran su preciada carga y se apresuró a esconderla.

— ¡Deme eso enseguida!—gritó Ratam.

—No puede hacer esto—exclamó el periodista—. Va contra la ley.

—Aquí no hay ninguna ley que le proteja, amigo. La ley, soy yo.

—A pesar de todo, no se la entregaré.

Aquella resistencia del periodista exasperó más todavía a Martin Ratam. Este avanzó sobre Staton y le golpeó violentamente.

— ¡No!—chilló el agredido.

Quiso defenderse. Su puño llegó a alcanzar el rostro de su verdugo. Pero aquél era más fuerte. Un golpe al hígado, seguido de otro al cuello, derrumbó a Staton.

— ¡Maldito entrometido!

Ratam soltó su maldición mientras levantaba su bota para pisotear la cabeza del periodista.

— ¡Quieto, Martin! ¡Ya está bien!

—¿Qué quieres tú, ahora?

—Nada. Que dejes tranquilo a ese hombre.

El que había hablado, uno de los pilotos de la astronave,

apuntaba a Ratam con su pistola térmica. En su cara se adivinaba la intención de disparar sin contemplaciones.

— ¡Esto te va a costar caro, muchacho!

—No te tengo miedo, Ratam. Y no intentes hacerme nada, porque te pesará. Sólo dispones de dos pilotos, y yo soy uno de ellos.

—Está bien. Tú ganas—confesó el agresor—, Pero ese carrete estaría mejor en nuestro poder.

—En eso tienes razón. Guárdalo tú.

Martin se inclinó sobre el cuerpo de Staton. Lo volvió sin ninguna consideración y rebuscó en su bolsillo. Sacó el carrete y se lo guardó.

—No sé para qué tener tanta consideración con un tipo como éste—protestó, al tiempo que se alzaba.

—No te sepa mal. Algún día nos puede ser de utilidad. Ahora, ocúpate de que los demás estén tranquilos.

— ¡Oye, es que vas a darme órdenes también? ¿Qué es lo que te has creído?

—No son órdenes, Martin. Es que estamos llegando a la primera base del espacio. Hemos de repostar en el “Centro S-l” y no conviene que aquí dentro se mueva nadie. ¿Comprendes ahora?

—Entendido—dijo el otro, marchando hacia el interior de la astronave en busca de sus pistoleros.

A partir de aquel momento, la vida en la “Dulce Amanecer” se puso muy difícil para Joe Staton. Igual había ocurrido para muchos otros.

Cuando el periodista volvió en sí, la base “Centro S-l” ya había sido rebasada. La astronave había repostado lo indispensable y había remontado el vuelo camino de Sagitar.

A las pocas horas de navegación se había interceptado el mensaje que denunciaba a la “Dulce Amanecer” como una astronave pirata. Se habían salvado por muy poco de la detención en la base espacial recién abandonada.

Desde este momento, la vida en la astronave se hizo cada vez más difícil.

—Ya no podemos repostar en ninguna parte hasta llegar a Sagitar—comentó uno de los pilotos.

—Pero, ¿podremos llegar?

—Sí. Administrando el combustible, podremos llegar con el que tenemos. Lo malo es que no tendremos suficiente agua y alimentos.

—Yo me encargo de eso—rotundizó Martín Ratam—. Desde ahora mismo racionaré las subsistencias.

El segundo piloto, conociendo las reacciones de aquel verdugo, aclaró:

—Supongo que tendrás en cuenta que llevamos seres humanos, no bestias.

—Eso es cosa mía. Tú, preocúpate de llegar, que yo me ocuparé de los que tienen que llegar.

Y con una sonrisa de hiena, abandonó el puesto de mando.

Las medidas draconianas no se hicieron esperar. Las raciones fueron considerablemente mermadas y el malestar cundió entre todos. Menudearon los incidentes y los pistoleros de Ratam tuvieron bastante trabajo.

Así se llegó hasta el día en que Staton había escondido en su bolsillo el carrete de cinta magnética. Allí había grabado toda su odisea con la esperanza de arrojarla a la menor ocasión.

Ni él mismo sabía por qué había hecho aquello y qué es lo que conseguiría con ello.

Joe Staton estaba contemplando cómo unos hombres jugaban a los dados. Distraído con el juego no se apercibió que se acercaba hacia él el segundo piloto de la astronave.

—No se mueva, Staton. Dentro de diez segundos vaya al tercer corredor de mando.

El periodista no movió un solo músculo de su cuerpo.

Cuando calculó que había pasado el tiempo previsto por el segundo piloto, se dirigió al lugar indicado.

Desde el incidente del puesto de mando, aquel piloto le había distinguido bastante. Últimamente hasta habían intimado en comentarios y planes un tanto subversivos.

Staton distinguió al segundo piloto y se dirigió donde aquél estaba. Pero el muchacho, en cuanto lo vio, echó a andar como si huyese de él. El periodista le siguió unos pasos y enseguida se detuvo.

En el suelo había un papel muy doblado, que había dejado caer el piloto. Staton lo recogió. Observó que no era visto por nadie y lo desdobló.

Era la copia de un mensaje recibido en el puesto de control de la “Dulce Amanecer”. Decía así:

DE: Central de Seguridad de Sagitar A: Astronave “Dulce Amanecer”

LOCALIZADA ESA ASTRONAVE PIRATA, LES COMUNICAMOS NO PODRAN ATERRIZAR EN SAGITAR BAJO NINGUN CONCEPTO. COMUNIQUEN RENDICION SIN CONDICIONES. EN CASO CONTRARIO SERAN DESTRUIDOS.

MAYOR TRAVERS.

El periodista releyó la nota pensativamente.

—“Esto es el principio del fin”—se dijo para sí.

Escritas a mano, apresuradamente, se veían cuatro palabras: “AVISE A LOS AMIGOS.”

* * *

El sargento Chenab vigilaba y animaba el trabajo de sus hombres.

—Vamos, muchachos. No perdáis el ritmo. Hay que cargar pronto esos aeromóviles.

La mercancía recibida de las astronaves mediante paracaídas, había sido almacenada y ahora era distribuida en varios vehículos de transporte.

Conforme se iban cargando los bultos, un listero repetía el contenido de cada fardo.

—Vitaminas sintéticas…; legumbres deshidratadas…; leche en polvo…; botiquines de urgencia…

Agua, alimentos, elementos sanitarios, todo era embarcado con gran celeridad.

—Este aeromóvil ya está listo, sargento.

—En marcha, pues. Está destinado al “Campo de Reagrupamiento n.° 1”. ¡Rápidos!

El aeromóvil partió veloz con su cargamento.

Uno de los agentes, preguntó a Chenab:

—¿Usted cree que llegarán a tiempo?

—Naturalmente, hombre.

—Yo creo que toda esa gente ya estará extenuada.

—No. Ten en cuenta que antes de llevarles al campo se les ha dado lluvia de alimentos volatilizados. Durante un buen rato, todo el aíre que han respirado estaba lleno de sustancias nutritivas que han lanzado las astronaves auxiliares.

La lluvia alimenticia de recuperación urgente a que aludía el sargento Chenab se había producido al comienzo de la "Operación Celacanto”.

En cuanto se tuvo bloqueada a la gente por sectores, las astronaves auxiliares fueron derramando su vapor alimenticio. Seguidamente habían comenzado las conducciones.

Los hombres del teniente Maxims actuaban con rapidez y precisión matemática.

— ¡Venga, chicos, comencemos con este grupo!

Los aeromóviles repasaban una y otra vez velozmente cerca de la masa de gente señalada. Cuando las personas se agrupaban en el centro del círculo, los comandos saltaban al suelo.

Estrechando el cerco les iban conminando:

—No teman nada. Suban a los aeromóviles y todo irá bien.

—¿Dónde nos llevan?—preguntaban algunos, indecisos.

—A un lugar seguro. Allí tendrán comida, agua, medicinas. Podrán dormir bajo techado.

—¿No nos expulsarán de Sagitar?

—¡Qué vamos a expulsarles! ¿No han oído las instrucciones? Sólo queremos saber de dónde proceden, reagruparles y librarles del hambre y de los desaprensivos.

El teniente Maxims todavía añadió:

— ¡Se acabaron los matones!

Mirando recelosamente en tomo suyo, aquellas pobres gentes iban subiendo a los aeromóviles.

En cuanto uno de ellos estaba lleno, partía velozmente a depositar la carga frente a las oficinas de la teniente Carmina Dorado.

Los comandos de acción no cesaban en su trabajo. A veces éste se veía dificultado por la oposición de los hombres armados. Estos, temiendo la acción de la justicia, intentaban intimidar a sus compañeros.

—No os fiéis de esos policías. Nos meterán a todos en la cárcel y con esas astronaves nos llevarán a la Tierra. ¡No os entreguéis! ¡Lo perderemos todo!

En su locura, había algunos que se oponían a viva fuerza. Al menor movimiento de los comandos disparaban sobre ellos sus fusiles o pistolas térmicas.

Los rojos rayos de fuego causaron más de una baja entre las filas policiales. Pero pronto se vieron contrarrestados por la entrada en

combate de nuevos elementos.

Montados en rápidos aeromóviles, los comandos que vigilaban y controlaban los movimientos de aquellos desplazados sacaron unas armas desconocidas.

Eran unas pistolas de largo cañón que, al ser disparadas, parecían despedir una débil llama verdosa. Eran ráfagas hibernizadoras, y a quien alcanzaban quedaba aniquilado temporalmente. Durante una o dos horas permanecería inmóvil, sin oponer resistencia a nada.

Cuando cayeron los primeros hombres, el pánico cundió entre todos, creyendo que aquéllos eran disparos de muerte.

Una de las mujeres de aquel grupo, se abalanzó sobre el cuerpo inerme de un hombre.

—¡Han matado a mi esposo, lo han matado!

Sus gritos histéricos atrajeron al teniente Maxims.

— ¡Pronto, agente, aparte a esa mujer!

Haciendo una seña a otro de sus comandos, ordenó:

— ¡Hágale recobrar el sentido, rápido! Hemos de ganarnos la confianza de esta gente enseguida.

El policía se inclinó sobre el hombre que yacía en el suelo y le inyectó con una jeringuilla en uno de los muslos.

—¿Qué hace ahora ese hombre?—gritó la mujer, pugnando por soltarse de su aprehensor.

Ante la mirada atónita de todos, el hombre hibernizado abrió los ojos, se estremeció vivamente y cobró toda su vitalidad.

Los gritos de sorpresa fueron cortados por el teniente.

—¿Ven ustedes como no matamos a nadie? ¡Eso sólo sirve para dormir a los rebeldes!

Y añadió en tono afectuoso:

— ¡Venga, sean buenos chicos y suban a los aeromóviles! ¡La fiesta ha terminado!

Sin reponerse de las sorpresas que, una tras otra, iban sucediéndose ante ellos, unos marchaban por su pie y otros, ya hibernizados, eran llevados en angarillas. Pero todos obedecían las instrucciones de los comandos.

Los aeromóviles no cesaban de cargar desplazados y llevarlos a la oficina de clasificación.

Allí, ante las mesas con máquinas de escribir, se alineaban hombres y mujeres, pendientes de ser clasificados por las muchachas de la teniente Dorado.

Daban sus nombres, apellidos y procedencia. A la vista de estos datos se les agrupaba para su desplazamiento definitivo.

Ayudando a las muchachas, estaban Fedala y Dao Lee, la pareja que se había evadido de entre los desplazados.

Tres hombres de los que esperaban ser clasificados, desaprensivos que habían fingido someterse, al ver a la muchacha árabe se separaron del grupo.

Aprovechando un descuido de la guardia, acorralaron a la chica en un rincón. Todos la miraban con ojos llenos de lascivia.

— ¡Ven aquí, morita! ¡No huyas!

Uno de los hombres, un gigantón de espesa barba, alargó su manaza y la puso encima de la joven.

—¡No…!—gritó ésta.

— ¡Cállate, condenada!—rugió el hombrón, echándose encima de la joven.

La estrujó entre sus brazos y ladeó la cabeza buscando los labios de Fedala. La muchacha, temblando, esquivaba como podía las torpes caricias del desalmado.

Entonces ocurrió algo imprevisto.

— ¡Oh…!—gritó el agresor, soltando a su víctima.

Se llevó la mano al hombro y frotó la parte dolorida. Una garra de hierro no le hubiera causado más dolor.

Giró rápidamente sobre sí mismo, preguntando:

—¿Quién demonios me ha puesto la mano encima?

Sus ojos tropezaron con Dao Lee y preguntó, incrédulamente:

—¿Es posible? ¿Has sido tú, maldito chinó?

Los ojos del muchacho brillaron ante el insulto. Su cuerpo delgado se tensó y sus manos se estiraron, rígidas, en una guardia agresiva.

— ¡Te voy a deshacer!—chilló el gigantón y se abalanzó sobre Dao Lee.

Este aguantó a pie firme la embestida. La esquivó con el cuerpo hábilmente y lanzó un certero manotazo al costado de su enemigo. El canto de su mano se hundió en las costillas, triturándolas.

El alarido del hombrón retumbó, al tiempo que se encogía sobre sí mismo. Trató de empujar con su cuerpo al del oriental, pero éste, con toda frialdad, dejó caer su mano sobre el hombro de su enemigo, cerca del cuello.

El gigantón cayó fulminado.

Dao Lee se volvió hacia los otros dos hombres.

—¿A quién le toca ahora?—preguntó.

Estos se miraron inquietos y agachando la cabeza, volvieron a la fila de donde habían salido.

Fedala corrió a refugiarse en los brazos del muchacho.

— ¡Oh, Dao, qué miedo he pasado!

— ¡Vamos, querida, ya ha acabado todo!

Los dos jóvenes permanecieron un buen rato estrechamente abrazados.

En un alto en su trabajo, el teniente Maxims se presentó al comandante Travers. Necesitaba hacerle una consulta, pero éste no pudo atenderle apenas.

—¡Hola, Maxims! ¿Va todo bien?

—Todo bien, mayor. Venía...

Pero el mayor Travers no pudo oír lo que quería decirle su oficial. Este vio cómo su jefe cruzaba ante él, raudo, con un papel en la mano.

Maxims se dirigió al capitán Thumba, preguntándole:

—¿Qué le pasa al mayor, capitán?

—Venga y lo sabrá, teniente.

Los dos hombres echaron a andar rápidamente tras su jefe.

Este había llegado al aeromóvil que servía de enlace radial y ya tenía el micrófono en la mano.

Entonces le oyeron decir.

— ¡Atención, astronave-almirante! ¡Habla comandante Travers! Acabo de recibir un mensaje de la base "Centro S-4". Han avistado la astronave "Dulce Amanecer" que se dirige hacia aquí ¿Han oído?

Por el control de recepción se oyó:

— ¡Atención, mayor Travers! ¡Habla astronave- almirante! Hemos oído su mensaje. ¿Cuáles son sus órdenes?

Francis Travers respondió inmediatamente:

— ¡Que se ponga en marcha el plan "Defensa, 25"!

— ¡A la orden!—se oyó decir por el control de recepción. Tras aquello quedó cortada la comunicación.

No habían transcurrido cinco minutos cuando una serie de estridentes rugidos llegados desde lo alto hicieron levantar la cabeza a todos.

Mirando hacia el infinito pudieron ver a las grandes astronaves

allá arriba, casi detenidas en su marcha.

Cada uno de aquellos rugidos iba seguido de una estela de fuego que se alejaba. Y cuando cesaron los rugidos, quedaron ocho estelas rojas.

Cada una de ellas era la combustión de una astronave ofensiva de tipo intermedio que iba en busca de su objetivo. Ocho eran los ingenios que tomaban parte en el plan "Defensa, 25".

Y cada uno de aquellos ingenios iba dotado con las armas y proyectiles más modernos de la astronáutica.

La teniente Carmina Dorado había avistado la salida de aquellas astronaves. Llena de inquietud corrió hasta donde estaba el mayor Travers.

Refugiándose entre sus brazos, exclamó entre sollozos:

— ¡Oh, querido! ¿Hasta cuándo durará esta zozobra, estas luchas?

Francis Travers sentía contra su pecho las palpitaciones del de su amada y sufría con ella. Pero sólo podía decirle:

—Cada nueva batalla, nos acerca al final, querida.

Y mientras estrechaba fuertemente a la muchacha, contemplaba cómo las astronaves de ofensiva se perdían en busca de la "Dulce Amanecer".

CAPÍTULO VIII

EL hombre permanecía quieto, plantado ante la puerta que le habían ordenado que custodiara.

Hasta hacía un momento había llevado colgada al hombro su metralleta térmica, pero ahora la agarraba fuertemente con sus dos manos, dispuesto a disparar a la menor oportunidad.

—“No me gusta este silencio—murmuró—. Deberíamos ser dos para montar esta guardia.”

Oyó un ligero ruido y alertó todos sus músculos.

La puerta que le habían asignado estaba en el ángulo formado por dos cortos corredores. Desde su puesto podía dominar bien a quien apareciera por cualquiera de ellos.

No obstante estaba nervioso.

Volvió a oír el ruido y avanzó un paso hacia donde provenía. Era un rozar suave, lento, como de alguien que se arrastrara sobre el suelo o la pared.

—“Si pudiera saber, al menos, por cuál lado viene, estaría más tranquilo”.

Aquellos dos corredores acababan en otros más largos, con los que se cortaban perpendicularmente.

La duda del vigilante era saber de qué parte del otro corredor procedía aquel ruido.

Pronto no le cupo la menor duda.

Una sombra se proyectó sobre la pared y un hombre apareció en la esquina del corredor de la derecha.

El vigilante sin apuntar apenas apretó el gatillo. Dos rayos de fuego buscaron el cuerpo del intruso, pero no le pudieron alcanzar. Ágilmente había saltado contra la pared de enfrente y se dejó caer al suelo. Rodó por él y esquivó otros tres disparos.

Pero el siguiente le alcanzó de lleno y quedó inmóvil.

—Menos mal que le he alcanzado—comentó, tras un suspiro.

Entonces oyó un ruido a su espalda.

— ¡Eh! ¿Qué es esto?

Pero cuando se apercibió del peligro, ya era tarde.

Sintió un golpe doloroso en su hombro, cerca del cuello y se tambaleó. Intentó levantar el arma, pero el agresor descargó su

manaza sobre el brazo.

El canto de la mano del otro le hizo el efecto de una maza. Dejó caer el arma y entonces notó cómo le tomaban de un brazo y lo levantaban por el aire. La llave de judo lo transportó hasta el suelo, cayendo violentamente.

Intentó lanzar una patada a su agresor, pero un certero golpe en el puente de la nariz, le privó del conocimiento.

—¡Ya estás listo!—fueron las últimas palabras que oyó.

El agresor se incorporó con ligereza, emitió un ligero silbido y hasta él llegaron seis hombres, tres por cada corredor.

Los del corredor de la derecha, tropezaron con el cuerpo de su compañero.

—¡Está muerto, carbonizado!—explicó uno de ellos.

—Me lo suponía.

—¡Ha sido una lástima! Se ha portado como un valiente.

—No había más remedio, amigos. Alguien tenía que ser el primero, de lo contrario no lo hubiéramos conseguido.

—¿Y ahora, qué hacemos?

El que había agredido al vigilante tomó la metralleta de éste y aproximándola a la puerta, disparó sobre la cerradura.

Cuando la creyó en condiciones, le aplicó un patadón y la puerta se abrió con estrépito.

— ¡Rápidos! ¡Coged todo lo que podáis y marchémonos enseguida!

Los siete hombres se abalanzaron al interior de la estancia.

Ante sus ojos apareció la más completa variedad de armas y municiones.

Cargaron con todo lo que pudieron y salieron de allí apresuradamente.

— ¡Cada uno que vaya en una dirección! ¡Ya sabéis lo que tenéis que hacer con todo esto!

En efecto, cada uno ya sabía lo que tenía que hacer con aquellas armas. Guardarlas primero y distribuirlas más tarde entre los conspiradores de la astronave “Dulce Amanecer”.

Porque la conspiración contra los matones de la astronave estaba en marcha y cada vez eran más numerosos los que formaban en sus filas.

Joe Staton era uno de los cabecillas de aquella resistencia.

Afortunadamente, muchos de los embarcados por la fiebre del

“Betanio” habían reaccionado en contra de la descabellada aventura.

El saber que la “Dulce Amanecer” era considerada como una astronave pirata y que no podrían descender sobre ninguna base espacial, los había movido favorablemente a reconocer su error.

El trató de esclavitud recibido por los matones de a bordo había hecho lo demás.

—Pero no hay que precipitarse, muchachos—les había dicho el periodista—. Hay que obrar con mucha cautela.

—Necesitaremos armas. ¿Cómo las conseguiremos?

—Todo se andará. Lo importante es ir reclutando gente. Hombres que estén dispuestos a todo. Las armas caerán en nuestro poder en el momento oportuno.

El asalto a la armería les proporcionó las armas apetecidas.

Y así se fue tejiendo el hilo de araña que intentaba cazar a los matones que los sojuzgaban.

El nerviosismo de éstos llegaba a los límites máximos, presionando sobre Martin Ratam, el jefe de la opresión.

—Debemos de hacer algo, pero pronto. Los hombres están cada vez más excitados y temo cualquier cosa de ellos.

—Pero, ¿qué bobadas estáis diciendo? ¿Qué pueden hacer unos cuanto cientos de hombres indefensos y hambrientos?

Martin Ratam se había levantado de su asiento y comenzó a dar vueltas en torno a la mesa mientras seguía hablando.

—No os preocupéis. Os lo he dicho mil veces. Vosotros ocupaos de conducir la astronave, que yo me ocuparé de conducir a esos hombres.

Todos los reunidos levantaron la cabeza hacia el jefe. Allí estaba todo el equipo técnico, menos el primer piloto y dos auxiliares que se ocupaban de gobernar la astronave.

Uno de los navegantes se aventuró a decir:

—Todo eso está bien, pero habrá que encerrar a esos hombres si queremos reducirlos.

—¿Y qué?—preguntó Martin—. ¡Se les encierra y en paz!

—No creo que tengamos bastantes hombres para eso—repuso el navegante.

—¿Crees que no? Pues te equivocas, amigo. En este momento mis hombres están encerrándolos a todos.

—¿Quién ha mandado hacer eso?—preguntó el segundo piloto.

—¿Cómo que quién lo ha mandado?—interrogó a su vez, Martin

—. ¡Yo! ¿Pasa algo?

—Claro que pasa. Una orden así la debemos dar entre todos, no uno sólo. Lo que has hecho es muy peligroso.

—¿Por qué, vamos a ver?

—Si nos cogieran con esa gente encerrada, nos colgarían a todos. Además de piratas, seríamos secuestradores y contra eso no hay perdón.

Los otros técnicos allí reunidos se revolvieron inquietos en sus asientos. Con aquello no habían pensado. Aquel Martin Ratam iba un poco lejos en sus cosas.

—Esa orden se podría revocar, ¿verdad Martin? —se aventuró a decir uno.

El aludido miró a todos con ojos duros y mascullo entre dientes:

— ¡No hay ninguna contraorden! ¿Entendéis? ¡Aquí mando yo y el que no esté conforme, que se largue con esos de ahí fuera! ¿Estamos?

En la mano de Martin Ratam había aparecido una pistola con la que estuvo apuntando uno a uno a toaos los presentes.

Así fue cómo diez hombres armados de metralletas térmicas, iniciaron la operación de arresto de los pasajeros de la “Dulce Amanecer”.

Comenzaron por uno de los salones más grandes.

Sin mediar palabra alguna, se apostaron en la puerta y lanzaron varias ráfagas de fuego sobre las cabezas de los hombres.

— ¡Eh! ¿Qué es eso?

El largo centenar de hombres que se hallaba congregado allí se levantó de sus asientos. Suspendieron sus juegos y conversaciones y se quedaron mirando fijamente a los diez matones armados.

Estos habían esperado que todos se arremolinaran asustados. Pero no ocurrió así. Ninguno de todos se movió de donde estaba.

Los matones se miraron entre sí y uno de ellos ordenó quedamente:

—Abríos en abanico y cubridlos a todos con vuestras armas.

Antes de que pudieran desarrollar completamente aquel movimiento, uno de los hombres acorralados, preguntó:

—¿Qué es lo que pasa? ¿A qué vienen esas descargas?

El que mandaba a los matones, le apuntó con su metralleta.

—No des un paso más, o caerás fulminado.

El amenazado dio un paso al frente y al mismo tiempo abrió sus

brazos en abanico.

Varios hombres se adelantaron como él e impidieron todo movimiento de los otros pistoleros.

— ¡Quietos todos! ¡Ya está bien de juegos!

La voz del jefe sonó aguda, agregando:

—Os vamos a encerrar en vuestros cuartos. Salid de uno en uno y todo irá bien.

—¿Y si no queremos salir?—preguntó uno de los hombres.

—Os fulminaremos con nuestros rayos térmicos.

El que se había adelantado más, ladeó un poco la cabeza y dijo a sus compañeros:

—Ya sabéis lo convenido. ¡Avanzad poco a poco, todos a la vez!

Aquellos hombres comenzaron a arrastrar los pies, avanzando al unísono hacia la puerta.

Aquella masa humana parecía que no se movía, pero los hombres armados sí que los notaban cada vez más cerca. Entre ellos comenzó a cundir el nerviosismo. Miraron al que hacía de jefe.

Este gritó a los resistentes:

—¿Estáis locos? ¡Deteneos! ¡Vamos a disparar! ¡No quedaréis ni uno!

El que dirigía la operación de resistencia, alzó una mano y el mover de pies cesó totalmente.

En medio de un silencio impresionante, se le oyó decir:

— ¡Estáis equivocados! No vamos a morir todos, ni mucho menos. Vosotros sólo sois diez. Nosotros pasamos de ciento. ¿Cuántas veces vais a poder disparar? Diez, veinte, treinta... ¿Y qué? ¡Todavía quedaremos bastantes para acabar con vosotros!

Tras aquellas palabras volvió a hacer una seña con la mano y siguió el avance.

El jefe de los matones, chilló:

—¡Disparad! ¡Disparad, sin piedad!

Apretó el gatillo y los rayos de fuego comenzaron a surgir del cañón de la metralleta. Vio cómo caían dos hombres y sonrió.

— ¡Ahora aprenderéis, fanfarrones!

Su risa quedó helada prontamente. Notó que a su lado no disparaban todos sus hombres. Volvió la cabeza y vio que alguno de ellos caía bajo la furia de los atacantes.

Rugiendo de coraje, la avalancha humana se lanzó a toda carrera contra los pistoleros.

El jefe sólo tuvo tiempo de volver a disparar una sola vez. Tres hombres se le echaron encima y le arrancaron el arma de las manos.

Cayó violentamente al suelo y gateando intentó encontrar la salida. La culata de la metralleta voló por el aire y le fue a dar en la cabeza, sobre una oreja. Al mismo tiempo, una bota se le incrustaba en un costado rompiéndole varias costillas.

Se arrastró por los suelos y la vista se le nubló. La sangre que le manaba de la cabeza le tapaba los ojos. Pese a ello, fue alejándose lentamente de allí.

Hasta él llegaron, confusas, unas palabras.

—¡Que nadie salga de aquí! ¡Tomad esas armas y preparemos la defensa! ¡Pueden venir más hombres !

El jefe de los matones trató de incorporarse. Si ellos no salían de aquella estancia, pensó, él podría escapar sin ser visto.

Media hora más tarde, los hombres que estaban reunidos en el puesto de mando notaron unos débiles golpes dados en la puerta.

—Parece que alguien está llamando quedamente —comentó uno de los navegantes.

El segundo piloto hizo ademán de levantarse, pero se lo impidió la voz de Martin Ratam.

—¡Quietos todos! Yo iré a ver qué pasa.

En dos zancadas se plantó en la puerta. Escuchó atentamente y oyó cómo volvían a golpear muy quedamente.

—¿Quién anda por ahí?—interrogó Martin, amartillando su pistola térmica.

Al otro lado de la plancha de aluminio se oyó débilmente:

—Soy yo... Martin... Abre..., por fa... vor.

El matón abrió la puerta y el ensangrentado cuerpo del jefe de los pistoleros se le cayó encima.

— ¡Jorge! ¿Qué ha pasado?

— ¡Muertos...! ¡Todos..., muertos! ¡Nos han matado... a todos...!

Su cuerpo se desplomó en el suelo, sin vida.

Todos los presentes saltaron en sus asientos.

Las miradas se clavaron en Martin Ratam. Este no quitaba los ojos del pistolero muerto.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntó uno de los presentes.

La voz de Martin sonó ronca y apretada.

—¡Hay que acabar con todos ésos! ¡Vamos!

Se dirigió a la puerta resueltamente. Alguien le siguió un poco remolón. Pero a todos les detuvo una voz que sonó como un estampido.

— ¡Nadie va a hacer nada, amigos!

Las miradas de todos se clavaron en el segundo piloto.

— ¡Quietos todos! ¡Ha llegado vuestra hora!

—¡Maldito traidor!—chilló Martin Ratam, lanzándose contra el piloto—. ¡Te voy a estrangular con estas manos!

El jefe de los piratas intentó apresar a su enemigo, pero aquel interpuso entre los dos uno de los sillones en que habían estado sentados.

Martin rodó por los suelos y se levantó maldiciendo.

Cuando los dos hombres estaban frente a frente, una voz los hizo suspender la pelea.

— ¡Mirad! ¡Mirad, todos!

Se asomaron a los visores del puesto de mando y vieron cómo se aproximaban ocho astronaves de ofensiva.

—¡Nos están rodeando por todas partes!

— ¡Estamos perdidos!

Martin Ratam dominó con su voz las sucesivas lamentaciones.

— ¡Pronto! ¡A la tercera planta! Allí están los proyectiles desintegradores. ¡Hay que acabar con esos aparatos!

Aquella arenga quedó prontamente interrumpida.

— ¡Que nadie se mueva!

La puerta del puesto de mando no la había cerrado nadie. Ahora estaba llena de hombres. Cada uno de ellos llevaba una metralleta térmica. Y apuntaban, decididos a disparar al menor movimiento.

—¡Malditos traidores!—masculló entre dientes, Martin Ratam.

Una hora más tarde, en una de las astronaves de ofensiva, en el puesto de mando que dirigía la operación contra la "Dulce Amanecer", un grupo de hombres estaba esperando un mensaje.

Hacía un buen rato que habían enviado un ultimátum a los piratas. Sus armas ofensivas estaban a punto, esperando la orden de emergencia. Sin embargo todo el Estado Mayor se resistía a iniciar la operación de castigo.

— ¡No pueden hacer nada! Están rodeados por todas partes y ellos lo saben.

—Si no se rinden, es que son unos suicidas.

—Pero, algo tendremos que hacer. Esta situación no puede

prolongarse indefinidamente.

—Además, a esa gente no debe de quedarle mucho combustible. Cuando agoten sus reservas, irán a la deriva hasta la total desintegración.

Los comentarios entre los jefes militares eran todos a este tenor. Evitaban tomar una decisión punitiva, pero, en bien de todos, era mejor hacerlo antes de que ocurriera lo inevitable.

El jefe se decidió:

—¡Lancen unas cargas de advertencia!

Pero antes que saliese de la estancia el oficial de órdenes, llegó el mensaje esperado.

“Grupo de resistencia ha tomado el mando de "Dulce Amanecer”. Dígannos dónde tenemos que dirigirnos para entregamos.”

Aquel breve mensaje llenó de emoción a todos.

—¡Bendito sea Dios! ¡Una rendición sin disparar un solo cañonazo!

El jefe ordenó a su oficial de enlace:

—Comuníquenles que nos sigan. Nos dirigimos a la base “Centro S-4”. Allí recibirán órdenes nuestras.

Las ocho astronaves de ofensiva, siguieron rodeando a la gran astronave “Dulce Amanecer” y la guiaron hasta la base espacial.

Cuando la astronave pirata se posó sobre el suelo de acero del “Centro S-4”, el punto de aterrizaje aparecía tomado por la fuerza militar.

Un altavoz instalado en un “jeep” a reacción, emitió unas órdenes:

—¡Atención, astronave “Dulce Amanecer”! Nadie debe descender sin una orden expresa de nuestro Estado Mayor. Ahora pueden bajar dos jefes del Grupo de Resistencia a parlamentar. Cumplan nuestras instrucciones y no tendrán nada que temer. ¡Adelante!

Las compuertas de la astronave se abrieron y la rampa de salida bajó hasta tocar el suelo. En el agujero aparecieron el segundo piloto y el periodista Joe Staton.

Titubearon unos segundos antes de comenzar a andar. El segundo piloto hizo una seña de llamada y un oficial leal subió por la rampa hasta llegar a su lado.

Parlamentaron brevemente y el oficial hizo un movimiento de asentimiento.

A otra señal del segundo piloto, del interior de la astronave comenzaron a salir hombres maniatados. Eran los matones y pistoleros supervivientes.

Custodiados por los resistentes armados fueron obligados a bajar por la rampa. Al cruzarse con el periodista y el piloto, las miradas de odio que les lanzaban delataban la magnitud de su fracaso.

Los dos hombres que habían dirigido la resistencia se encaminaron hasta el puesto de mando de las astronaves de ofensiva.

Al llegar ante el jefe de la operación de rescate, el segundo piloto se presentó y relató brevemente la odisea pasada.

Dejando a su vez al periodista, concluyó:

—Mejor que yo, podrá informarle mi compañero. A él se debe la mayor parte del éxito de nuestra resistencia.

El periodista se adelantó y sacando el carrete de cinta magnética de su bolsillo, lo entregó, diciendo:

—Me llamo Joe Staton. Soy el comentarista del Canal X-56, de la televisión terrícola. En este carrete está registrada toda la crónica de nuestra aventura.

—Gracias, señor Staton. Esto nos evitará un largo y penoso interrogatorio.

—¿Me permiten formular una petición?—solicitó el periodista.

—¿Díganos, señor Staton?

—¿Podría llegar hasta Sagitar? El motivo de haberme introducido en la "Dulce Amanecer" fue el cumplir con una misión informativa. Ahora desearía poder realizar esa misión.

El jefe de la operación de rescate dudó unos instantes. Al fin, manifestó:

—No tengo órdenes concretas sobre usted, pero sé que no está incluido en las que deben de observar los demás. Vamos a hacer una cosa. Usted vendrá con nosotros a Sagitar y el mayor Travers ya decidirá. ¿Conformes?

—Lo que usted ordene, ¡muchas gracias!

El segundo piloto se atrevió a preguntar:

—¿En cuanto a nosotros, señor…?

—Regrese a la astronave. Están en completa libertad, pero dentro de ella. Por lo menos hasta que el alto comisario decida lo que hay que hacer con ustedes.

El segundo piloto se interesó nuevamente por su suerte.

—Nos volverán a la Tierra, ¿verdad?

El jefe quedó un poco pensativo. No sabía si responder, o no a aquella pregunta. Vio en los ojos del joven piloto tanta súplica, que, al fin, confesó:

—Esa es la duda, piloto. No se sabe qué hacer con ustedes: si devolverlos a la Tierra, o… llevarlos a Sagitar, como ustedes querían.

El piloto y el periodista contemplaron atónitos al informante. ¿Qué quería decir aquello?

Esbozando una sonrisa enigmática, el jefe de las astronaves invitó:

—¿Vamos, señor Staton?

CAPÍTULO IX

EL comandante mayor Francis Travers dejó de mirar por el ventanal de su despacho. Se alejó unos pasos y se dejó caer en un sillón.

—¡Estoy cansado! Terriblemente cansado—murmuró, dando un profundo suspiro.

Carmina Dorado que estaba entretenida preparando una taza de líquido estimulante, se apresuró a concluir su tarea.

Se acercó con la taza donde estaba sentado su novio y le hizo beber. Luego se sentó en uno de los brazos del sillón, cerca de Francis.

—Necesitarías un buen descanso.

—Y tú también, querida.

—Yo he descansado más durante estos últimos días, pero tú...

El mayor Travers protestó:

—Todavía no puede ser. Ya falta poco.

—¿Tú crees? Yo cada vez veo el final de esto más difícil.

—No hables así, Carmina. Ya ha pasado lo peor. Ahora sólo falta acabar de organizar y poner en marcha todo lo que hemos preparado.

La muchacha preguntó, inquieta pese a todo:

—Sí, eso está bien. Pero, ¿y después? ¿Qué ocurrirá después?

—Nada, querida. No ocurrirá nada. Mejor dicho..., sí.

Francis Travers atrajo hacia él a su prometida y le susurró:

—Ocurrirá..., todo lo que hemos estado esperando tanto tiempo. Tú y yo..., al fin.

Carmina Dorado notó como una llama de calor se encendía dentro de ella y le afloraba por toda la piel. Notó sus mejillas ardiendo y sintió el fresco de las de Francis al acercarse.

Este contempló a la muchacha unos instantes, se vio reflejado en la profundidad de sus ojos y musitó:

—Sí, amor mío. Tú y yo...

Se acercó un poco más y besó aquellos labios que se le ofrecían, tentadores, en una ofrenda de puro amor largo tiempo esperada.

Permanecieron así abrazados en silencio un largo rato, hasta que una llamada del zumbador los despertó de su embeleso.

Carmina Dorado se incorporó apresuradamente. El mayor Travers se dirigió a su mesa y pulsó el interruptor del fonovisor.

— ¡Dígame! ¡Al habla Travers!

—Comandante—se oyó por el altavoz—, aquí fuera está el periodista Joe Staton. Desea saludarle.

—Está bien. Hágale pasar.

Y dirigiéndose a Carmina, comentó:

— ¡Qué pronto ha acabado este hombre su visita de inspección!

—Pero, querido, ¡si este periodista lleva más de un mes con nosotros! Has perdido hasta la noción del tiempo.

Unos discretos golpes en la puerta devolvieron todavía más a la realidad al jefe de seguridad.

—¡Adelante!—exclamó, dirigiéndose al encuentro de su huésped.

Joe Staton avanzó con las manos extendidas.

—¿Qué tal, mayor Travers? ¿Cómo sigue usted, señorita..., perdón..., teniente Delgado?

Tras los saludos, muy efusivos por parte del periodista, el mayor Travers preguntó:

—¿Lo ha visto todo bien?

—No me he dejado un rincón por ver. Puede decirse que he recorrido de punta a cabo, todo el territorio colonizado. Especialmente las comarcas de Orestes afectadas por el descubrimiento del “Betanio”.

—¿Y qué le ha parecido todo eso?—preguntó Carmina Dorado.

El periodista miró atentamente a los dos héroes de Sagitar y no encontró palabras para responder. ¿Qué podía decir a aquellos dos seres sobre lo que había visto?

Ellos dos habían vivido con más intensidad que nadie toda la aventura de Sagitar y el “Betanio 65”. Y ahora iba él, un recién llegado, a decirles algo sobre lo que había visto, lo que había vivido durante su estancia de un mes en aquel planeta.

—¿Quieren que les diga la verdad?—preguntó.

El mayor Travers se adelantó:

—Ese es nuestro mayor deseo, saber la verdad de lo que ha visto, lo que más le ha impresionado, lo que opina de nuestra obra y de nuestro futuro.

El periodista se adelantó hasta el ventanal y contempló unos instantes la actividad febril que se desarrollaba en la plaza y calles

cercanas a la Central de Seguridad.

Señaló en dirección a la calle y mirando a la pareja de anfitriones, respondió:

—¿Ustedes ven esta actividad que se desarrolla a sus pies? Pues eso mismo ocurre en todo Sagitar. Nunca, en todos los años de vida profesional, he visto una fiebre semejante.

El mayor Travers y su prometida sonrieron, satisfechos.

Joe Staton, invitó:

—¿Les gustaría ver algo de lo que he ido tomando por ahí?

A una contestación afirmativa, el periodista salió del despacho y a poco regresaba con una pequeña maleta de aluminio plasificado.

—Esto es como una sala de pruebas en miniatura —aclaró—. Aunque en tamaño reducido, podremos ver lo que he filmado y oír mis comentarios.

— ¡Qué estupendo! — exclamó, alborozada, Carmina.

—Por favor, ¿quieren atenuar la luz de ese ventanal? Así lo veremos mejor.

El mayor Travers se adelantó a sombrear la amplia cristalada mientras el periodista manipulaba con su aparato.

Cuando volvió al lado de Carmina y de Staton, ya había comenzado el pase de vistas.

En una diminuta pantalla que una lente de aumento multiplicaba enormemente de tamaño, pudieron ver unas grandes astronaves detenidas en el espacio, a pocos metros de la pista de aterrizaje.

Por el altavoz, se oía la voz de Joe Staton informando:

—“Cada quince minutos, una de estas astronaves se posa en el espaciopuerto de Orestes, y de sus entrañas van emergiendo materiales de construcción, maquinaria, vehículos, toda clase de ingenios que servirán para explotar las minas de “Betanio” y aprovechar su energía en instalaciones de todo tipo...”

Cuando cambió la escena, la pequeña pantalla encuadró el interior de un edificio. Grupos de hombres y mujeres estaban a la espera de que fueran llamados.

Un poco más allá veíanse unos sillones en los que se sentaban, una vez reclamadas por los técnicos de selección, cada una de aquellas personas.

Una vez acomodado en el sillón, sobre la cabeza del aspirante se le colocaba un casco conectado con un cerebro electrónico, así como una especie de sujetador que le rodeaba todo el tórax.

La voz de Staton, resonó nuevamente en la estancia a través del altavoz del aparato de pruebas.

—“Estos son los hombres y mujeres de Sagitar. Y éste es el procedimiento de exploración para conocer su estado de salud, su fuerza física y la aptitud para un trabajo determinado. Con sólo dar su nombre y procedencia, las conexiones del cerebro electrónico hacen lo demás. Al cabo de un minuto de haberse colocado ante el “cerebro”, el “paciente” tendrá asignado su destino en el planeta.”

Tras la prueba en el cerebro electrónico, se veía entrar a aquellas personas por corredores en los que campeaba la profesión a que habían sido asignados.

Unos minutos más tarde, la pantalla se llenaba con aeromóviles de transporte humano que llevaban a los nuevos trabajadores a sus destinos, debidamente equipados para su nueva misión.

Por el altavoz volvió a sonar la voz de Staton.

—“Muy pronto, estos seres que hace unos minutos no tenían la menor idea de su futuro, dispondrán de un techo donde vivir, un oficio donde desarrollar una actividad provechosa y un porvenir en este fantástico planeta, al que el “Betanio” ha hecho cambiar de suerte.”

Por la pantalla fueron desfilando vistas de poblados en construcción, de instalaciones industriales, de grandes almacenes de abastecimientos... La visión completa de una gran comunidad en marcha.

Cuando acabó la cinta, el mayor Travers devolvió la luz al despacho. Carmina Dorado se dirigió al periodista:

—Gracias, señor Staton. Por usted sabrá la Tierra lo que estamos haciendo en Sagitar.

Joe Staton, respondió amistosamente:

—Esto sólo es el principio, señorita Dorado. A este reportaje seguirán muchos más.

El mayor Travers se acercó al periodista y le tendió unas fotografías.

—Si piensa hacer más informaciones sobre Sagitar, quizá le sirvan estas fotografías.

Staton tomó las que le entregaba Travers y las fue mirando.

—¿Cómo es esto? ¡Si es la “Dulce Amanecer”!

Las fotografías mostraban distintas tomas de la astronave pirata. En una de ellas se veían descender por la rampa de salida a centenares de pasajeros. En otra, se les veía clasificándolos por medio de cerebros electrónicos llevados hasta allí ex-profesamente.

Y en otra aparecían montados en aeromóviles arrancando en dirección desconocida.

El periodista se dirigió al comandante.

—¿Entonces, estos hombres...?

—Esos hombres—respondió Travers—, son ya colonos de Sagitar.

Y ante la mirada de asombro de Staton, añadió:

—Toda esa gente, atraídos por el "Betanio" asaltó la astronave "Dulce Amanecer" con un objetivo: llegar a Sagitar. Pues, bien, no quedarán defraudados. Aquí podrán buscar "Betanio".

—¿En igualdad de condiciones que los demás?

—¿Por qué no? Mire usted, Staton. Parece ser que Sagitar está lleno de ese mineral. Faltarán brazos para extraerlo, trabajarlo y explotarlo industrialmente. Dentro de unos años, como usted ha dicho muy bien, este planeta estará transformado. Vendrán de la Tierra muchos, pero muchos nuevos colonos.

—Sí, es cierto. Pero estos hombres... Hay algunos que no se han portado ni siquiera humanamente.

—Esos no tienen nada que hacer aquí. Ya han sido devueltos a la Tierra y allí recibirán su implacable castigo. Pero los otros, los que vinieron movidos por una ilusión, ésos son aptos para el trabajo. Esos merecen una oportunidad. Y se la vamos a dar.

El mayor Travers, tras aquellas palabras, quedó Silencioso. Joe Staton respetó su silencio durante unos instantes, pero finalmente, comentó:

—-Es una benemérita obra la que hacen ustedes con esa gente. Nadie esperaba una cosa así tratándose de unos aventureros.

—Puede que sean lo que usted dice—respondió el jefe de seguridad—, pero bien encuadrados pueden ser tan útiles como el que más.

—En eso estamos de acuerdo. Yo he convivido con esa gente y sé que, en el fondo, es buena. Pero...

El mayor Travers siguió en el hilo de una misma idea.

—A fin de cuentas, amigo Staton, eso de ser un aventurero, ¿qué es?... Usted, yo mismo; todos los que hemos venido a un planeta como Sagitar, en el fondo, somos unos aventureros.

—Pero, a ellos les ha movido la codicia...

—Una condición muy humana, al fin y a la postre. Bien encauzada, es una fuente de energías.

—Sí, pero es una fuerza ciega que puede destruirlo todo a su

paso.

—Amigo Staton: La ambición es un móvil humano que no acabará nunca mientras el hombre exista. Allá en la Tierra, ella fue la que movió al hombre a la conquista de nuevas tierras y mares, a la colonización, a los grandes descubrimientos: oro, petróleo, uranio

El mayor Travers prosiguió tras una pausa:

—La misma conquista del espacio es fruto de la ambición. Ahora bien, lo importante es que esa ambición, ese afán de conquista que, en un principio mueve a toda empresa nueva, pierda su sentido egoísta y su resultado quede para beneficio de todos: de los poderosos y de los humildes; de los cultos y de los atrasados; de los blancos y de los de color… En una palabra: de toda la Humanidad.

En el despacho del mayor Travers se fue perdiendo, poco a poco, el eco de las apasionadas palabras que había pronunciado.

Un dulce silencio, recogido, íntimo, se apoderó de todo el ambiente.

Carmina Dorado, que había permanecido silenciosa durante el diálogo de los dos hombres, se acercó lentamente a su prometido y pasó su mano por entre el brazo de éste.

Joe Staton, sin decir una sola palabra, alargó su diestra hasta el comandante, quien se la estrechó con fuerza.

Así, en esta comunión silenciosa de ideas y afectos, permanecieron un buen rato.

EPÍLOGO

En el nuevo espaciopuerto de Orestes, en el planeta Sagitar, se había levantado una gran tribuna de ceremonias. Llenando todos sus escaños veíanse hombres y mujeres de todas las razas con uniformes de todas clases.

Hacía una semana que llegaban embajadas de todos los puntos del espacio. De la Tierra, de otros planetas, de las bases espaciales, de allá donde había una colonia humana.

Habían llegado para asistir a uno de los acontecimientos más grandes de aquellos tiempos: al embarque del primer cargamento de "Betanio, 65" con destino a la Tierra.

Frente a la amplia tribuna se alineaba una larga fila de astronaves de transporte. Todas ellas iban repletas del codiciado mineral que transformaría á todo lo conocido hasta la fecha.

De la primera fila de la tribuna, un hombre se destacó hacia el equipo de micrófonos instalado ante un pequeño podio de mensajes. Era Jules Pencha, el presidente del Gran Consejo de la "Agencia de Colonización y Desarrollo".

En medio de un silencio total, sólo roto por el suave zumbido de las cámaras de televisión, se dirigió a los invitados de la tribuna y a la gran multitud que rodeaba el espaciopuerto.

—Amigos: Nos hemos reunido aquí gentes de todo el orbe, para asistir al primer viaje de un mineral energético que será decisivo para la marcha de nuestro universo. Dentro de unos minutos partirán esas astronaves en muchas direcciones llevando con ellas toneladas y toneladas de "Betanio, 65". Se llevan un poco de Sagitar, pero pronto regresarán trayendo en su interior nuevos colonos que revitalizarán este planeta con sus vidas y su trabajo.

El orador hizo una pausa en su discurso y seguido de la misma atención, prosiguió:

—Y así, a partir de ahora, ocurrirá una y otra vez. Los cargamentos de "Betanio" partirán de Sagitar pero, en compensación, llegarán hasta aquí hombres y mujeres de todo el universo. Pero todo esto no hubiera sido posible sin la decidida actitud de un grupo de seres que, en un momento de peligro para Sagitar, supieron dar cuanto pudieron para salvar a este planeta de la más terrible de las destrucciones. Es justo, que, en este día, les otorguemos la más merecida de las recompensas: la "Medalla de la Gratitud".

Una salva de aplausos estalló en todo el ámbito del espaciopuerto. El orador, acompañado de un pequeño grupo de personas, se acercó a uno de los lados de la tribuna.

Allí, en posición de firmes, se encontraban los mandos de las fuerzas de seguridad de Sagitar. El mayor Travers, el capitán Thumba, la teniente Dorado, el teniente Maxims, el sargento Chenab.

Una fila más atrás se encontraban el chinito Dao Lee y Fedala, así como el resto de las fuerzas que tan valerosamente habían actuado en el restablecimiento del orden y la reorganización de Sagitar.

Jules Pencha, acompañado por los miembros del "Gran Consejo", prendió en el pecho de todos aquellos héroes la "Medalla de la Gratitud", mientras los cañones lanzaban las salvas de ordenanza y la multitud agitaba sus pañuelos.

Por las mejillas de todos los galardonados, resbalaron suavemente unas lágrimas de emoción.

Cuando el protocolo acabó y el ceremonial no exigía una excesiva rigidez, aquella emoción largo tiempo contenida se desbordó.

Francis Travers y Carmina Dorado unieron sus cuerpos en un estrecho abrazo y tras un ligero beso, Carmina fue arrancada de aquellos brazos para ser abrazada a su vez por los del resto de la oficialidad.

El teniente Maxims, con una sonrisa diabólica, interrogó:

—¿Y con tanto abrazo, su marido no tiene celos, señora Travers?

Tras el asalto a Carmina Dorado—ahora, Carmina Travers—, le llegó el tumo a Fedala, la morita que ya era la esposa del chinito Dao Lee.

Uno tras otro fueron abrazando y besando a la dulce Fedala. Ella, a cada nueva muestra de cariño y simpatía, aumentaba su rubor.

El capitán Thumba observó la efusión que ponía el teniente Maxims y amenazó:

—Cuidado, teniente. Dao Lee es muy celoso y si le aplica una llave de "jiu-jitsu" de esas que él sabe, no lo va a pasar muy bien.

El teniente Maxims levantó los brazos y se separó rápidamente de Fedala. Seguido de las carcajadas de todos, salió corriendo cómicamente.

—No, no... ¡Soy inocente, soy inocente!

En un rincón de la tribuna de informadores, el veterano

periodista Joe Staton estaba ultimando su reportaje para el Canal X-56 de la televisión terrícola.

Había ordenado a su operador que captara con la cámara tomavistas la escena que estaban presenciando.

En aquel mismo momento, Joe Staton, pronunciaba las palabras finales de su intervención.

—Y pidamos a Dios fervorosamente que la paz y prosperidad que hoy proporciona el “Betanio, 65” a Sagitar y a todo el universo, no se vean jamás truncadas por la fiebre ambiciosa y egoísta de los hombres.

FIN

J AI M IT O

la publicación infantil más graciosa
e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SELECCIONES

DE JAIMITO

un extraordinario con
36 PAGINAS

Rebosantes de historietas cómicas, chistes, aventuras
y pasatiempos, seleccionados para diversión y recreo
de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será de los nuestros.

COLECCIÓN LUCHADORES DEL E

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

117. **—El silencio de Helión,** ***Robín Carol*****.**

1. **—Ventana al Infinito.** ***J. Negri O'Hara.***
2. **—El Planeta errante.** ***Karel Sterling*****.**
3. **—Regreso a la patria.** ***George H. White*****.**
4. **—Lucha a muerte,** ***George H. H. White*****.**
5. **—Cautivos del Espacio,** ***Joe Bennett*****.**
6. **—Vacío siniestro.** ***Joe Bennett*****.**
7. **—Detrás del Universo.** ***Karel Sterling*****.**
8. **—¡Karima!,** ***Profesor Hasley.***
9. **—Él bosque petrificado.** ***Profesor Hasley*****.**
10. **—Energía Z.** ***Profesor Hasley*****.**
11. **—Fantasmas siderales,** ***Karel Sterling*****.**
12. **—El túnel transatlántico,** ***Profesor Hasley*****.**
13. **—El mundo subterráneo.** ***Profesor Hasley.***
14. **—Entre Marte y Júpiter,** ***Joe Bennett*****.**
15. **—Separación Asteroidal.** ***Joe Bennett*****.**
16. **—Náufragos del Universo,** ***Joe Bennett.***
17. **—La Isla de otro mundo,** ***Eduardo Texeira.***
18. **—El tiempo desintegrado.** ***Karel Sterling*****.**
19. **—El conquistador del mundo,** ***Prof. Hasley.***

1. **—El ejército sin alma.** ***Prof. Hasley*****.**
2. **—Mensajes de muerte,** ***Karel Sterling*****.**
3. **—Motín robótico.** ***Joe Bennett*****.**
4. **—Cita en la Luna,** ***Van S. Smith.***
5. **—Misterio en la Antártida,** ***Larry Winters.***
6. **—Cosmoville,** ***Joe Bennett*****.**
7. **—Ataúdes blancos de Oberón,** ***Karel Sterling.***
8. **—Nosotros los marcianos,** ***Karel Sterling*****.**
9. **—El doble fatal.** ***Joe Bennett*****.**
10. **—La ruta perdida,** ***Karel Sterling*****.**
11. **—Embajador en Venus,** ***Van S. Smith*****.**
12. **—El astro prohibido,** ***Joe Bennett.***
13. **—Niebla alucinante.** ***C. Aubrey Rice.***
14. **—La hierba del cielo,** ***Joe Bennett*****.**
15. **—¡Nos han robado la Luna!,** ***Joe Bennett.***
16. **—Rutas Ignoradas,** ***J. Negri O'Hara.***
17. **—Un cadáver en el aerolito,** ***Henry Keystone.***
18. **—La Diosa de Venus,** ***Joe Bennett*****.**
19. **—Condenados a morir,** ***Joe Bennett*****.**
20. **—La barrera de las sombras,** ***A. S. Jacob.***
21. **—Las huellas conducen... al Infierno,** ***Van S. Smith.***
22. **—El Planeta de nadie,** ***Henry Keystone.***
23. **—Regresaron dos muertos,** ***Joe Bennett***

1. **—El mundo de los seres condenados,** ***J. Negri O'Hara.***
2. **—E1 Planeta maldito,** ***P. Danger.***
3. **—Asesino Interplanetario,** ***Henry Keystone.***
4. **—Extraños en la Tierra,** ***Van S.*** **Smith,**

5. —**Marionetas humanas,** ***Vic Adams***
6. —**La nave pirata,** ***Joe Bennett.***
7. —**Los aventureros de Júpiter,** ***Joe Bennett.***
8. —**Cuatro a Mercurio, Peter** ***Kapra.***
9. —**Donde empieza el límite.** ***J. Negri O'Hara.***
10. —**La onda invencible,** ***Joe Bennett.***
11. —**Eratom 225, Prof.** ***Hasley.***
12. —**Después de la hora final,** ***Van S.*** **Smith.**
13. —**Bases submarinas,** ***J. Negri O'Hara.***
14. —**Nieblas blancas,** ***P. Danger.***
15. —**Submares de muerte.** ***Joe Bennett.***
16. —**La espacionave del terror.** ***Joe Bennett.***
17. —**Las estrellas amenazan,** ***Van S. Smith.***
18. —**Rebelión en la galaxia,** ***V. A. Carter.***
19. —**El umbral de la Antártida,** ***P. Danger.***
20. —**Los hombres del más allá. P.** ***Danger,***
21. —**Bloqueo en el espacio.** ***Ray Kualiter.***
22. —**La muerte azul,** ***V. A. Carter.***
23. —**Un mensaje en el espacio,** ***Van S. Smith.***
24. —**Viaje hacia la muerte,** ***Prof. Hasley*****.**
25. —**¡Descohesión !,** ***P. Danger.***
26. —**La nueva raza,** ***V. A. Carter*****.**
1. —**El extraño viaje del Dr. Main.** ***Van, S. Smith*****.**
2. —**Venus llama a la Tierra,** ***Van S. Smith.***
3. —**Sonidos silenciosos de Venus,** ***V. A Carter.***
4. —**La ruta de los pantanos,** ***P. Danger.***
5. —**¡Ayúdanos, terrestre!,** ***V A. Carter.***
6. —**Polizón en el espacio,** ***Edward Wheel*****.**
7. —**El nuevo poder,** ***Van S. Smith***
8. —**Prisión cósmica,** ***V. A. Carter*****.**
1. —**El misterio de la misión Silverton,** ***J. Negri O'Hara.***
2. —**Intrusos siderales.** ***Van S. Smith.***
3. —**La Tierra no puede morir,** ***V. A. Carter.***
4. —**La amenaza sin nombre,** ***P. Danger.***
1. —**Luna ensangrentada,** ***Van S. Smith.***
2. —**Diablos de la Ionosfera,** ***Van S. Smith*****.**
3. —**Viaje al infinito,** ***P. Danger.***
4. —**Cargamento para el infierno,** ***V. A. Carter.***
5. —**La locura de Bevinton,** ***Van S. Smith.***
6. —**El planetoide maldito,** ***Van S. Smith.***
7. —**Los Hombres Gusano de Ceres,** ***Leo MacDonal*****.**
8. —**Los Vampiros de la Muerte,** ***Leo MacDonal*****.**
9. —**Cautivos de Voidan,** ***V. A. Carter.***
10. —**Atentado a la Tierra,** ***J. Scott Barry.***
11. —**Comandos en el espacio,** ***Edward Wheel.***

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE
son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION
SE LAS RECOMENDAMOS
si no gusta de esta dase de aventuras
con ilustraciones
RECOMIENDELA

al chico que desee
pues se trata de la colección más
EMOCIONANTE Y SINGULAR DE
CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

¿De qué misterioso mundo procedían los seres que raptaron al profesor de física, Otto Reader en el año 1945?

¿Y cómo se explica que el mismo profesor Reader viva en el año 2600 y aparezca en Tarlia, la "Ciudad de los Sabios", asesinando a eminentes científicos terrestres?

¿Qué diabólicos procedimientos son los utilizados para producir la "Muerte Helada" y la "Muerte Escarlata"?

EDWARD WHEEL

nos contestará a todas estas interrogantes en la trepidante narración que ha escrito con el título de

EL PELIGRO ESCARLATA

para los amantes de conocer el futuro, y que se publicará en el próximo número de la super-colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **7** *pesetas.*

Distr. en Argentina por ALFIL, S. A. Maipú, 924. Bs. As.